



Experientia

Un programa de reflexión y para compartir

Tomo Primero

Unidades 1-5

OCSO

Proyecto con la aprobación del Capítulo General de 2017

CONTENIDO

TOMO PRIMERO

1. Introducción
2. El camino recorrido hasta ahora
3. Deseo libre de deseos
4. *Imago Dei*: La Persona Humana creada a Imagen de Dios
5. *Schola Dilectionis*: El Monasterio: Escuela de Amor

TOMO SEGUNDO

6. Generatividad
7. Oración
8. Disminución
9. La Energía de la Esperanza
10. La Tradición Cisterciense

Experientia logotipo diseñado por Madre Giovanna Garbelli (Matutum).

UNIDAD UNO

Introducción

PROEMIO



Dom Eamon Fitzgerald

Abad General

Lo que más me gusta de este programa es el modo en que llegó a ser realidad. De hecho, yo he sido espectador interesado y testigo de su evolución desde el Capítulo General de 2014. Para mí, tiene todos los signos de la parábola de la semilla de mostaza del Evangelio.

La Comisión Central reunida al fin del Capítulo General de 2014, eligió a Sor Marie Mouris de Val d'Igny, como Secretaria Central de Formación. Su primera tarea fue escuchar lo que se dijo en el Capítulo General sobre la formación y las necesidades de las comunidades en esta área. Para reunir tal información de primera mano, ella escribió a los abades y abadesas de la Orden para preguntarles sobre sus deseos y necesidades, y también para ver si podían ofrecer a miembros de sus comunidades que estuvieran libres y disponibles para ayudar a comunidades necesitadas. Entre las respuestas que Sor Marie recibió, hubo una sugerencia de editar una carta circular para compartir información sobre lo que se estaba haciendo en las Regiones y comunidades en el área de la formación, tales como sesiones, cursos y seminarios. Esa sugerencia fue puesta en práctica inmediatamente y ahora la carta circular está en circulación regular entre los secretarios para la formación de la Orden y otros. Esta iniciativa es muy apreciada. Permite compartir información, estimula la reflexión y anima la comunicación y las relaciones entre los secretarios, a la vez que promueve la posible colaboración entre ellos.

Sor Marie no solo escucha; también reflexiona. En el año 2015 ella preguntó: “¿Cómo podemos poner a trabajar a las Regiones sobre la intuición que emergió en el Capítulo General de 2014 en el área de la formación?” La intuición que ella tenía en mente fue formulada por un capitular en esta forma: “¿Cómo podemos promover una ‘formación mística integral’?” Sor Marie se las arregló para persuadir a siete abades y abadesas para escribir sobre este tema desde su propia experiencia, y el resultado fue un libro que fue calurosamente acogido.

Nuestro Estatuto de Formación (*Ratio Institutionis*) habla de la comunidad misma como “formadora”. Esta afirmación, junto con la propia convicción de Sor Marie y la experiencia de algunas Reuniones Regionales, llevó a pensar que sería bueno establecer una propuesta simple para la formación continua de los hermanos y hermanas de todas las edades. Esta nos proporcionaría una oportunidad para volver comunitariamente a nuestras raíces cistercienses, para profundizar en nuestro sentido de identidad y para animar individualmente al estudio y a la *lectio*.

La Comisión Central, reunida en 2016, en su diálogo sobre el informe de Sor Marie, animó el proyecto y sugirió buscar a alguien con la habilidad y la experiencia necesaria para desarrollarlo. La Comisión propuso a P. Michael Casey de la Abadía de Tarrawarra para la tarea, y él felizmente aceptó. Se formó un grupo de trabajo bajo la dirección del P. Michael, y juntos desarrollaron el programa. Sor Marie describió sus contenidos y metodología con detalle en el Capítulo General de 2017. Los Capitulares después votaron para apoyar y animar el programa como un proyecto que merece ser presentado a las comunidades de la Orden.

El programa lleva por título *Experientia*. Tiene como objetivo ayudar a los monjes y monjas de hoy a reflexionar sobre su experiencia vital de vida monástica y después confrontar esa experiencia con textos escogidos procedentes de la tradición monástica y cisterciense. De este modo, la larga experiencia destilada en nuestra tradición puede derramar luz sobre nuestra experiencia de hoy en día y ofrecernos aliento, motivación y dirección para vivir la gracia cisterciense en nuestro mundo contemporáneo. Son nueve las áreas de experiencia elegidas para la reflexión que cubren importantes áreas del vivir humano y monástico. Algunos de estos temas son: “el camino recorrido hasta ahora”, “el deseo liberado de los deseos”, “comunidad”, “oración” y “disminución”. Como sugieren claramente estos encabezamientos, tenemos ante nosotros un programa dirigido no solo para los monjes y monjas más estudiosos o intelectuales de entre nosotros, sino diseñado para monjas y monjes ordinarios. En el fondo, el programa busca, sencillamente, fortalecer la reflexión sobre el vivir humano auténtico, y sobre cómo hacerlo bien como monjes y monjas que siguen la particular tradición de vida evangélica expresada en la Regla de San Benito y la tradición cisterciense.

Quisiera expresar aquí mi gratitud al P. Michael y a los miembros del grupo que han hecho este programa, así como a aquellos que han desarrollado su ejecución. Este es un proyecto a nivel de la Orden entera, tanto en su concepción como en su implementación. Es el modesto fruto de la simplicidad. Ha nacido de la escucha y del espíritu atento y se nutrió del aprecio por el carisma cisterciense, vivido en su diversidad a lo largo de todo el mundo, así como de la inteligencia, la claridad de propósito y la competencia. Lo recomiendo calurosamente a todas las comunidades de la Orden. Que *Experientia* encuentre un hogar en nuestros monasterios, no como una adquisición en nuestras bibliotecas o archivos, sino como un instrumento de las buenas obras que nos permita vivir nuestras vidas en el mundo de hoy con serenidad y ardor y en la comunión del amor de Cristo. ¡Y que pueda llevarnos a todos a la vida eternal! ¹

¹ Traducción: Dom Roberto de la Iglesia Pérez (Cardaña).

INTRODUCCIÓN



Padre Michael Casey (Tarrawarra)

Fecha de nacimiento: 27 de Junio de 1942

Fecha de ingreso: 2 de Febrero de 1960

Correo electrónico: experientia.editor@gmail.com

Este programa se ha concebido como medio para la formación continua en los monasterios de monjes y monjas de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia. Como su título indica el principal enfoque del programa es la experiencia monástica única de cada persona; es una invitación a cada uno para leer “el libro de la experiencia”.

Los principales objetivos del programa son:

1. Ayudarte a reflexionar sobre tu propia experiencia monástica y a encontrar palabras para expresar lo que has experimentado durante el tiempo de tu vida monástica.
2. Reunir los elementos de una autobiografía monástica simple para tu propia reflexión y expansión posterior.
3. Oír los ecos de tu experiencia en los textos de nuestra tradición cisterciense.
4. Descubrir afinidades entre lo que has experimentado y la experiencia de otros miembros de la Orden, especialmente aquellos de diferentes culturas.
5. Tener la confianza suficiente para optar por compartir algo de tu experiencia con miembros de tu comunidad o con monjes y monjas de la Orden.

El programa está diseñado para que cada comunidad –y por extensión, cada persona– pueda adaptar su contenido a las circunstancias particulares.

EL LIBRO DE LA EXPERIENCIA

Para registrar tus reflexiones personales, se sugiere que las escribas a mano, en un cuaderno especial, mejor que en la computadora. El énfasis no se pone en producir algo para que pueda ser leído por otros, como en un blog, sino algo más parecido a un diario personal para estimular la reflexión personal y hacer un registro de cómo evolucionan tus pensamientos. Estas reflexiones escritas ralentizan el proceso y ayudan a sacar a la luz tu pensamiento oculto. Es una forma de *meditatio*. Ya que nadie más va a leer lo que tú has escrito puedes ser completamente honesto. No hay necesidad de censurar tu modo de expresar lo que sientes. Ni hay tampoco necesidad de cuidar tu estilo literario. Tal escrito puede ser una escuela de autoconocimiento y, al fin, una escuela de sabiduría.

Además de tus respuestas a las preguntas podrías disfrutar redactando algunas partes del material provisto en el programa, especialmente cuando es similar a tu propia experiencia o complementa lo que has escrito. Y pudiera ser que, durante el tiempo que dura esta reflexión, encuentres ecos de tus propios pensamientos en la Liturgia de las Horas y en los textos que usas para la *lectio divina* y en otras lecturas. Pueden ser añadidos a tu libro como parte de tu tesoro personal.

MÉTODO

El programa está dividido en 10 unidades. Originalmente se pensó asignar un mes para cada Unidad pero, después del diálogo del Capítulo General, se decidió hacer el programa flexible, dejando que cada comunidad cree su ritmo.

1. Introducción.
2. El viaje hasta ahora.
3. El deseo, liberado de los deseos.
4. *Imago Dei*: la persona humana hecha a imagen de Dios.
5. *Schola Dilectionis*: el monasterio: escuela de caridad.
6. Generatividad.
7. Oración.
8. Disminución.
9. La energía de la esperanza.
10. La tradición cisterciense.

Exceptuada la Unidad Introdutoria, la estructura de cada Unidad seguirá el mismo esquema:

1. Una breve orientación, dando una visión general sobre el campo que se abarcará.
2. Una serie de siete preguntas para la reflexión personal. Para algunos puede ser útil tomar una pregunta por día durante una semana. Para otros pudiera ser de más provecho concentrarse sobre una o dos preguntas que estimulen más poderosamente la reflexión. ¡No es un examen! No es necesario responder a las preguntas por orden sino que las diferentes cuestiones pueden ser usadas para ampliar tu campo de conciencia. No hay respuestas “correctas” o “incorrectas”.
3. Una introducción de 1000 palabras al texto cisterciense, escrita por un miembro de la Orden, destinada a ayudar a relacionar tu propia experiencia con nuestra tradición. Dado que hay unas 50 personas que colaboran en este programa, no es probable que usted esté de acuerdo con todas ellas. Simplemente se sugirió que se escuchase a lo que tienen que aportar, reflejando la experiencia monástica de diferentes géneros, generaciones, continentes y culturas.
4. Un sermón u otro texto de una dimensión parecida de uno de nuestros autores cistercienses del siglo XII o XIII.
5. Siete citas muy breves que puedan complementar, iluminar o establecer un paralelismo con alguna parte del texto.
6. Cuatro reflexiones de 250 palabras escritas por diferentes miembros de la Orden, dando sus respuestas al texto a la luz de su propia experiencia.
7. Una invitación a escribir una breve síntesis personal de lo que hayas descubierto en tu trabajo sobre esta Unidad. Esto es para tu propio enriquecimiento personal. Algunos pueden encontrarlo útil como base para compartir, ya sea en tu propia comunidad o con otros miembros de la Orden.

GESTIONANDO EL TIEMPO

Para que el programa sea fructífero, será necesario que cada monje o monja invierta una buena cantidad de su tiempo en la lectura formal y la reflexión. No se trata de finalizar cada parte del programa tan rápido como sea posible, para que otras tareas, estimadas más importantes, puedan ser retomadas. El modo óptimo de sacar fruto del programa no es dedicar meramente un período de tiempo a ello, sino vivir con las preguntas a lo largo del día, ponderándolas en el corazón, permitiéndolas estar como trasfondo y contexto de la *lectio*, la

oración y la liturgia. Como todos sabemos por experiencia, la iluminación puede venir cuando estamos haciendo otras cosas: en el trabajo, en el tiempo libre, incluso cuando descansamos. Compartir tus experiencias y memorias con otros puede ayudar a hacerlas parte de tu propia autoimagen. Probablemente encontraremos que, a medida que vamos cumpliendo años, nuestra interpretación de muchos eventos cambia y esto, también, puede ser un factor en nuestro viaje a la sabiduría.

Al final de cada Unidad todos serán invitados a enviar una breve reflexión (aproximadamente 250 palabras) al Editor General, en su propia lengua. Estas serán coleccionadas al final de cinco Unidades y se pondrán a disposición de los miembros de la Orden.

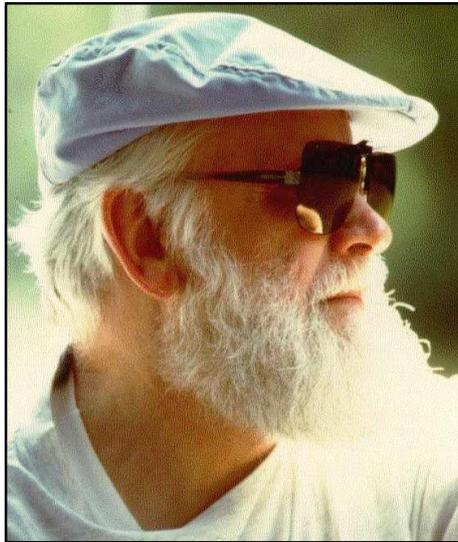
Si el programa tiene éxito tendrá dos efectos diferentes para cada uno de nosotros. Seremos cada vez más conscientes de la originalidad de nuestro propio viaje espiritual y, a la vez, estaremos maravillados de la similitud de nuestras experiencias con las de otros monjes y monjas cuyas circunstancias externas son muy diferentes. En el curso del programa nos encontraremos con alrededor de 50 monjes y monjas de todo el mundo. Quizás, de este modo, fomentaremos el propósito de la *Carta de Caridad*: que los monjes y monjas de las diferentes partes del mundo, aunque separados en el cuerpo, puedan estar indisolublemente unidos en su corazón.

LA FORMA DE LA UNIDAD UNO

Esta unidad introductoria es diferente de las que seguirán después. Se compone de dos ensayos. El primero, de D. Armand Veilleux, encara cómo la Orden pueda existir en el futuro, ofreciendo una historia imaginaria del monasticismo durante la primera mitad del siglo XXI. El segundo es de D. Bernardo Bonowitz, en el que da cuenta del modo en el que los primeros cistercienses se acercaron al tema de la experiencia. Lo que estos dos ensayos harán será invitarnos simultáneamente a mirar hacia delante y hacia atrás. Por este doble movimiento se espera que comencemos a entender el presente más claramente. Después de cada ensayo hay algunas preguntas sencillas que te invitan a reflexionar sobre tu propia experiencia, y a escribir una breve respuesta.²

² Traducción: Dom Roberto de la Iglesia Pérez (Cardaña).

BREVE HISTORIA DEL FUTURO DEL MONACATO



Dom Armand Veilleux (Scourmont)

Fecha de nacimiento: 9 de Noviembre de 1937

Fecha de ingreso: (Mistassini) 1955

Correo electrónico: a.veilleux@chimay.com

Abadía del Monte del Socorro - 9 noviembre 2057

El monacato ha conocido desarrollos un tanto sorprendentes y con frecuencia inesperados a lo largo de la primera mitad del siglo XXI. Como a lo largo de los dos milenios precedentes, su evolución estuvo profundamente marcada por la evolución de la Sociedad y de la Iglesia, dejando su propia impronta en esta evolución.

Al final del primer medio siglo del tercer milenio, estamos en presencia de un gran número de pequeñas comunidades, comprendiendo con frecuencia apenas una decena de monjes o de monjas. Se trata, en general, de personas dotadas de una fuerte personalidad anclada en una relación personal con Cristo. En el seno de cada comunidad aparece una intensa comunión fraterna que les une, sin que hagan necesariamente muchas cosas en común. Se vive una profunda soledad que no es aislamiento, ni ausencia de relación, sino cualidad de relaciones escogidas.

Habiendo desarrollado entre ellas y con el entorno numerosas formas de sinergia, estas comunidades viven sobriamente, sin grandes propiedades materiales. Habitando frecuentemente en locales alquilados, ganan su vida por humildes trabajos, bien como autónomos o como asalariados. Dichas comunidades monásticas están unidas por una serie de

pasarelas a otros tipos de células eclesiales o a otras formas de vida comunitarias –civiles o religiosas.

¿Qué ha pasado para llegar a esto? –En primer lugar, aunque parezca inútil decirlo, el mundo y la Iglesia han experimentado cambios radicales al principio de este periodo. En Occidente, un cierto sueño de democracia que los gobiernos totalitarios no habían logrado derribar se extinguió gradualmente en un giro general a la derecha y a una serie de golpes de estado llamados constitucionales. Se desarrolló una nueva forma de relación social llamada “tercera vía” por pontífices visionarios del comienzo del milenio. La Iglesia, que durante una gran parte de los dos milenios precedentes había ejercido su autoridad a través de una estructura social vinculada a los regímenes políticos fue fuertemente sacudida. Con la fuerza de la presencia indefectible de Cristo, incluso si su estructura social (llamada en otros tiempos “cristiandad”) se había derrumbado, se reinventó en una vasta comunión bajo la forma de comunidades de comunidades. A los pontífices (constructores de puentes) de antaño sucedieron grandes constructores de pasarelas.

El extraño crecimiento del monacato a lo largo del segundo milenio se debió mucho a su inserción en esta estructura eclesial, sobre todo después de la reforma llamada gregoriana de los siglos XI y XII. En las conmociones de principios del presente periodo, casi desaparecieron. De hecho, numerosas comunidades y congregaciones monásticas cuya expansión numérica y geográfica habían sido la gloria de esta Iglesia han desaparecido. Por decirlo con palabras de un pontífice visionario del comienzo de este periodo, estas agrupaciones habían privilegiado el *espacio* –o los espacios de poder- sobre el *tiempo*. Otras no solamente han sobrevivido sino que han conocido una nueva vitalidad, viendo en su fragilidad y precariedad una gracia y una llamada a confiar en el proceso del *tiempo* para transformarse en una nueva encarnación de su carisma. Han llegado a ser, en la nueva configuración eclesial, islotes de interioridad, de comunión, de apertura y de gozo –recibiendo la vida y a la vez dándola-, de los demás elementos de esta vasta constelación. Viven una interioridad proyectada a todas las periferias.

¿Cómo se vive, en el seno de estas comunidades, la soledad tan esencial a la vida monástica? Se vive en primer lugar en la fina punta del corazón donde cada persona es engendrada sin cesar en un diálogo donde recibe de Dios su nombre propio. Es lo que los ancianos llamaban oración continua, forma monástica por excelencia de la oración. Esta soledad se vive también en todas las muertes a sí mismo que son las numerosas decisiones cotidianas donde se debe optar –solo ante Dios- por ser fiel a la llamada de Cristo. Es lo que llamamos conversión continua. Se vive igualmente aceptando todas las exigencias que provienen del compromiso en vivir el Evangelio con otros bajo una regla común. Es la obediencia. En todo esto nada distingue a los monjes y monjas de nuestra época con las de los milenios anteriores.

La soledad no es cristiana, ni siquiera real, si no es la otra cara de la comunión. En esto hay una novedad. En el orden espiritual, como en el orden material, las instituciones que han optado por vivir en total autarquía han desaparecido. Las que han escogido una autarquía parcial han podido continuar malviviendo. Se han expandido, con frecuencia en gran fragilidad

gozosamente abrazada, las que han optado por vivir en sinergia. Sinergia en el seno de las comunidades monásticas, con otras células eclesiales y con la sociedad civil del entorno. La sinergia, como toda relación interpersonal, exige que cada uno respete su propia identidad y la de los demás. La comunidad de Tibhirine, en el comienzo de este periodo, fue un bello ejemplo.

¿Cómo se lleva a cabo la formación en el seno de esas células monásticas? Exige que cada candidato posea una personalidad bien marcada y una muy clara identidad espiritual. El papel de los “formadores” (por usar una expresión tradicional aunque poco adecuada) es precisamente el de ayudar a la expansión de dicha identidad. Una comunidad no se compone de una suma de individuos sino de comunión entre personas. Se ayuda a los nuevos a ser cada vez más ellos mismos, en su personalidad recibida de Dios, entrando cada vez más profundamente en comunión con sus hermanos o sus hermanas, en el seno de su comunidad y también con la Iglesia, el mundo y todo el cosmos.

Ciertamente es necesario el estudio de los maestros del pasado y de las obras antiguas para insertarse en una tradición viva, pero no es suficiente. Los grupos que se han limitado a esto han formado campos de refugiados espirituales que luego han desaparecido. Las comunidades vivas son las que se han ocupado, a través de una mirada al pasado, de unir esta gran tradición con la tradición viva de la comunidad eclesial de hoy, la cual mira al mundo al que ha sido enviada como portadora de un Mensaje.

Cristo prometió estar presente en su Iglesia hasta el final de los tiempos. La vida monástica puede contar con esta promesa en la medida en que viva en sintonía con la Iglesia de su tiempo.

REFLEXIÓN

1. Escribe tres puntos de este ensayo que te parezcan más importantes de considerar.
2. ¿Qué te parece esta reflexión general comparada con tu propia experiencia de vida monástica?
3. ¿Hay puntos que quisieras añadir a esta presentación?
4. ¿Hay temas de los que tienes un punto de vista diferente?³

³ Traducción: Padre José Luis Monge (Viaceli).

EL ENFOQUE CISTERCIENSE DE LA EXPERIENCIA



Dom Bernardo Bonowitz (Novo Mundo)

Fecha de nacimiento: 30 de Abril de 1949

Fecha de Entrada: 8 de Septiembre de 1982

Correo electrónico: mosteirotrapista@gmail.com

Para los Padres Cistercienses, la experiencia religiosa no es el fin de la vida espiritual, especialmente las experiencias religiosas diferenciadas, llamadas “experiencias cumbre”. El objetivo de la vida espiritual es la total puesta en práctica en la vida humana del plan salvífico de Dios, establecido por s. Pablo:

“Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó” (Rom 8, 29-30).

Sentimos el amor de Dios en la realización de este plan: llegamos a conocerlo, a abrirnos a él, a intentar colaborar con él y a movernos por el amor de Dios que resuena y responde al amor que Dios nos tiene. Esta es nuestra experiencia primigenia, la de ser afectados por el amor de Dios y de anhelar volver a este amor (*redamatio*). Dentro de esta experiencia está siempre la conciencia de que “Dios nos amó primero” (1Jn 4, 19; citado continuamente por los Padres Cistercienses).

Porque la vida espiritual tiene que ver sobre todo con el cumplimiento del plan de Dios, las metáforas usadas para describir este proceso, tomadas especialmente del Cantar de los Cantares (los “tres besos de s. Bernardo en SC 1-8, por ej.) no deben interpretarse en primer lugar de modo subjetivo y emocional sino teológicamente, como referidos a la historia de salvación que se realiza en la Iglesia y en cada uno de nosotros. Los famosos cuadros de s. Bernardo en éxtasis no traducen adecuadamente el significado de estos textos.

Los Padres Cistercienses eran muy sensibles y estaban interesados en la naturaleza orgánica y dinámica de la realización de nuestra salvación. Todos ellos elaboraron planes de desarrollo para describir este proceso evolutivo. Uno de los mejores ejemplos de dicho esquema se encuentra en los *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* de Bernardo, en los que habla de los tres besos y de los tres ungüentos. Los tres besos describen la acción transformante de Dios en Cristo en tres etapas:

1. El perdón de Dios y la reconciliación del pecador, en el que la misericordia divina triunfa sobre su justicia.
2. La renovación de Dios de los pecadores perdonados en santidad de vida, permitiéndoles recuperar su verdadera humanidad.
3. El don de Dios del Espíritu Santo a la mente y al corazón del ser humano restaurado, permitiéndole tomar parte y desarrollar el amor y sabiduría propios de Dios.

Por otra parte, los tres ungüentos se centran en la resonancia y la respuesta experiencial a lo que Dios está realizando en estas tres etapas:

1. Una especie de miedo y alteración interior provocada por la conciencia de nuestros pecados y el castigo por ellos merecido, dando paso a la compunción y al gozo de ser perdonados.
2. Un espíritu de agradecimiento y oración habitual por la nueva creación que Dios realiza gratuitamente en nosotros.
3. La permanencia y emanación en y del amor (el amor que hemos recibido en el don del Espíritu), que se dirige a Dios y a su Iglesia.

En esta evolución el movimiento va siempre hacia una unión cada vez mayor entre Dios que salva y la persona que es salvada. La plenitud de esta unión en la vida presente es la “unión de Espíritu”, en la que la persona humana, inspirada continuamente por el Espíritu Santo, constantemente acoge y se adueña de las inspiraciones del Espíritu y en el que el alma individual deviene en consentimiento constante e implementación de cuanto ha recibido, en una vida que es al mismo tiempo obediencia total y libertad completa. La distancia aquí entre la salvación divina y la experiencia humana de salvación es completamente superada.

Una de las intuiciones más interesantes de los Padres Cistercienses es que la experiencia de Dios no se da nunca aislada sino en relación siempre a la propia experiencia, una experiencia de prójimo y de comunidad. La experiencia de uno mismo se describe típicamente como “autoconocimiento”. La receptividad a la acción de Dios en la propia vida tiene dos efectos aparentemente opuestos: humildad y dignidad. Cuando nos volvemos accesibles a Dios nos experimentamos gradualmente como desplazados del centro del universo (el universo en general y nuestro propio universo) y como disminuyendo. Nos hacemos progresivamente más pequeños y menos importantes. Al mismo tiempo, crecemos en la experiencia de nosotros mismos como creados a imagen y semejanza de Dios: dotados de libertad y racionalidad, confiados en el gobierno de la creación de Dios, abiertos a la trascendencia. Hay una humildad en esta dignidad que reconcilia los opuestos: el reconocimiento de que nuestra humanidad no es una realidad independiente y autónoma sino que depende de nuestra relación con Dios. Sin

esta relación que se renueva y acepta continuamente nuestra humanidad es inimaginable. Este es uno de los grandes temas de Thomas Merton.

La humildad que resulta de nuestro contacto con Dios nos lleva al descubrimiento imaginable más significativo con relación a nuestro prójimo: el de su proximidad e igualdad. Antes de considerarnos en nuestra pequeñez hicimos cuanto pudimos para distanciarnos y distinguirnos del prójimo; negamos y rehusamos la idea de nuestra pertenencia al resto de la humanidad en una única naturaleza (*socii naturae humanae*). El descubrimiento de nuestra semejanza con nuestros hermanos y hermanas nos lleva a una experiencia de comunión con nuestros seres cohermanos. Podemos decir, adaptando el texto de Hebreos, que son “en todo igual a nosotros *incluso* en el pecado, y *especialmente* en el pecado”. Comenzando como una humilde comunión en la naturaleza humana caída, esta experiencia de unidad con los otros, particularmente en el contexto de una comunidad monástica, se traduce en una comunión de gracia y finalmente en una comunión de gloria (Balduino de Ford).

La humildad y la caridad fraterna que resultan de la presencia viviente de Dios acaban devolviéndonos al mismo Dios. La humildad crea unos ojos capaces de vernos tal como somos; la caridad y el ejercicio de la caridad purifican estos ojos haciéndolos ver de manera cada vez menos distorsionada. Se alcanza un grado de claridad y pureza que permite a Dios elevar a la persona al misterio divino permitiéndole “ver” a Dios. Estamos hablando aquí de las experiencias extraordinarias comúnmente denominadas místicas. Según s. Bernardo, son raras, de corta duración y son en su totalidad y siempre por iniciativa divina. No hay nunca título alguno de excelencia ascética, moral o fraterna que pueda “hacernos acreedores” a tal derecho de experiencia.

De esta suerte, así como para los Cistercienses la impronta de Dios es indispensable para la experiencia de auténtico autoconocimiento, de la misma manera este autoconocimiento unido al amor bondadoso de nuestro prójimo es indispensable para el conocimiento experiencial de Dios.

Conviene mucho subrayar que la experiencia de Dios no es solo, y quizás ni primeramente, algo que tenga lugar en la vida de los individuos, sino también en la vida de una comunidad. Para autores como Balduino de Ford, una comunidad cisterciense no es una asamblea suelta de personas, cada una con una particular experiencia de Dios. El Espíritu Santo fluye en la comunidad como un todo más bien que sobre una serie de personas. Todo cuanto se le otorga a un miembro, se le otorga con la intención de que les sea comunicado a los demás miembros. El subsiguiente movimiento circular viene facilitado por la infusión de la caridad, que es una parte intrínseca de cada don que se recibe. Podría decirse que, para Balduino, esta comunión total de dones entre los hermanos y hermanas -incluyendo los que podríamos considerar dones espirituales estrictamente personales- es la esencia de la experiencia de Dios.

Finalmente, se podría añadir algo sobre la experiencia abacial de Dios. La *Oración Pastoral* de Elredo se ocupa enteramente en describir el efecto purificador y renovador de un

abad que “ve” a Dios convirtiéndose en un genuino abad y cómo siendo visto de esta manera genera una experiencia estable en el abad, no solo desempeñando el puesto de Cristo en el monasterio, sino sintiendo como propios los sentimientos de Cristo para los miembros de la comunidad. Por su parte, Bernardo dice algo similar cuando describe los efectos de este tercer beso, el del Espíritu Santo. Quienquiera que así haya sido besado se convierte en novia y madre y experimenta interiormente una permanente forma de obligación, el deseo, y la capacidad de nutrir y llevar a la madurez a las personas que han sido confiadas a su cuidado.⁴

REFLEXIÓN

1. Escribe tres puntos de este ensayo que te parezcan más importantes.
2. ¿De qué modo el enfoque general se equipara con tu propia experiencia de la vida monástica?
3. ¿Hay puntos que quisieras añadir a esta exposición?
4. ¿Hay temas de los que tienes un punto de vista diferente?

PARA LEER MÁS

Amengual, G.: “Deseo, memoria y experiencia. Itinerarios del hombre hacia Dios”. Sígueme, Salamanca 2011.

Bonowitz, Bernard: “The Role of Experience in the Spiritual Life” en *Analecta Cisterciensia* 46 (1990), pp. 231-325.

Falque, Emmanuel: “Le livre de l’expérience d’Anselme de Cantorbery à Bernard de Clairvaux”. Cerf, Paris 2017.

Martín Velasco, J.: “La experiencia cristiana de Dios”. Trotta, Madrid 2008.

⁴ Traducción: Dom Roberto de la Iglesia Pérez (Cardena).



EXPERIENTIA
Grupo de Trabajo

D. Guillaume, H. Marie, H. Maria-Francesca,
H. Cassian, P. Michael, P. Mauricio

UNIDAD DOS

**El camino recorrido
hasta ahora**

EL CAMINO RECORRIDO HASTA AHORA

En esta Unidad, te pedimos que reflexiones sobre tu propia historia vocacional, que pienses en lo que te movió en los comienzos, y en lo que te llevó a ingresar en el monasterio y a repasar lo que ha sucedido en los años transcurridos ¿Puedes sentir un movimiento en tu vida, una dirección que se ha manifestado solo con el paso del tiempo? Quizás este ejercicio de retrospectiva nos conduzca a la sabiduría y a un sentido de gratitud. Primero tenemos que deliberar sobre algunas preguntas y luego reflexionaremos sobre la *Parábola del Hijo del Rey* de San Bernardo, que ilustra la forma en que él vio el progreso de la vida monástica desde sus comienzos hasta su conclusión gloriosa.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cuáles fueron los comienzos de mi vocación monástica?
2. ¿Qué buscaba yo al venir al monasterio? ¿He encontrado en el monasterio lo que buscaba? ¿Hubo sorpresas agradables?, ¿momentos de gracia?, ¿periodos de abatimiento?
3. ¿He experimentado tiempos de crisis? ¿Cuáles fueron sus factores esenciales? ¿Cuáles fueron los resultados, las consecuencias? ¿Estas crisis dejaron huellas (positivas o negativas) en mi vida?
4. ¿Hay áreas en mi vida que permanecen subdesarrolladas? ¿Me siento insatisfecho/a? ¿Me ha llevado esto a sentirme frustrado/a o envidioso/a? ¿Cómo he expresado concretamente estos sentimientos negativos? ¿Siento que soy una víctima?
5. ¿Cómo he abordado las decepciones? ¿Tengo algún resentimiento que persiste desde hace tiempo? ¿Me ha llevado esto alguna vez a sentirme alienado/a de la comunidad?
6. ¿Dónde estoy hoy? En este momento, ¿en qué lugar me siento más como en casa?, ¿en qué lugar soy más yo mismo/a? ¿En la iglesia? ¿En el refectorio? ¿En el trabajo? ¿En el claustro? ¿En mi celda? ¿En la hospedería? , o ¿en otros sitios? ¿Hasta qué punto o en qué medida mi identidad personal está definida por mi vocación monástica?
7. ¿Ha habido una transformación en mis expectativas? Actualmente, respecto a mi futuro monástico, ¿qué esperanzas tengo? ⁵

⁵ Traducción: Hermana María Esther Briso-Montiano (Carrizo/Wrentham).

INTRODUCCIÓN A LA PARÁBOLA UNO



Padre Michael Casey (Tarrawarra)

Fecha de nacimiento: 27 de Junio de 1942

Fecha de entrada: 2 de Febrero de 1960

Correo electrónico: experientia.editor@gmail.com

Es probable que Bernardo haya escrito sus *Parábolas* como simples recursos para instruir a los jóvenes que ingresaban en su monasterio. Muchos de ellos pertenecían a la clase caballeresca y estaban más interesados en relatos que en disertaciones abstractas sobre los valores de la vida cisterciense. Bernardo se vio obligado a escribirlos, pero cargó sus narraciones con una gran cantidad de contenido serio, introduciendo a los recién llegados en los elementos de la espiritualidad monástica y dándoles un esquema básico de la posible evolución de su vida en el monasterio. Se supone que leamos la parábola como un cuento, dejando que enganche nuestras emociones y que nos lleve con su ímpetu. A medida que leamos, podríamos notar todas las diferentes alusiones bíblicas que Bernardo inserta en la narración, así como el uso de vocabulario típico de la espiritualidad monástica.

La clave para comprender la parábola aparece en el último párrafo. En primer lugar, Bernardo describe la meta del camino como “libertad”. Es un movimiento desde la servidumbre ante fuerzas sub-personales hacia la plena libertad de los hijos de Dios. Divide el camino en cuatro fases. En la primera, el joven cae en pecado habitual. Probablemente coincidiendo con su ingreso en el monasterio, se ve liberado de ese pecado por la acción de Dios y por el ejercicio activo de varias virtudes. Esto lleva progresivamente al umbral de la experiencia contemplativa. Pero hay una sorpresa. La guerra que se creía ganada hace mucho tiempo estalla nuevamente. El monje es rescatado del desastre inminente por la intervención directa de Dios. Y así la gloriosa conclusión.

Todo esto lo hallarás en cualquiera que huye del mundo. Primero se muestra incauto y necio; después precipitado y temerario en la prosperidad; luego agitado y pusilánime en la adversidad, y, finalmente, cauto, formado y perfecto en el reino de la caridad.

Bernardo considera la vida monástica como un movimiento. El relato empieza con el hijo del rey en Edén, el jardín externo reflejado en el paisaje interior del “paraíso de la buena conciencia”. Rechaza neciamente la guía que se le ofrece y sucumbe al *taedium*, al hastío del bien y al deseo de algo nuevo. Buscando aquello de lo que no tiene experiencia deja el Edén y llega hasta los páramos y más allá, escapando del rostro de su Padre, escondiéndose y vagando sin rumbo. En este estado está expuesto a tentaciones que, como joven muy inexperto, no sabe sortear. Cae y es tomado cautivo y esclavizado por el mal hábito.

Y entonces el hijo del Rey llega a la Región de la Desemejanza, privado de libertad y alienado de sí mismo. Está encerrado en la prisión interna de la desesperación y la desesperanza. Peor aún, carece de auto-conocimiento y así no está consciente de lo bajo que ha caído. Es impotente para redimirse a sí mismo.

Este es el momento de la intervención de su Padre, quien comienza una misión de rescate enviando como rescatistas a varias virtudes. Primero envía al Temor para inculcar en el tonto muchacho la gravedad de su situación. Luego viene la Esperanza para asegurarse de que el pavor no lo paralice sino que lo motive. Luego el Deseo, para estimular el movimiento hacia Dios. Y por fin toda una serie de virtudes morales cuya intención es apoyar y proteger al joven que va progresando en su largo camino a la libertad.

Todo va bien y el hijo del rey llega a salvo al castillo de la Sabiduría, quien lo instala en su lecho. Es como si, habiendo llegado al monasterio, se impusiera una moratoria a los clamores de la carne. Una vez que las tentaciones violentas parece que se han estancado, surge un nuevo peligro: la complacencia y una cierta presunción por haber llegado a un buen lugar.

Esta tregua no puede durar mucho. Y así se lanza un nuevo y terrible ataque, causando temor, angustia y aflicción. En estado de pánico, el joven monje se vuelve a la oración—una práctica que él ha permitido que decaiga. La Oración fue “buscada por mucho tiempo y encontrada a duras penas entre tanto tumulto.” No hay soluciones fáciles a esta gran crisis en la vida del monje. Él queda desvalido, tan cerrado a Dios, que la oración misma es posible solamente después de mucha búsqueda angustiosa. Es como si hubiera olvidado el lenguaje de la oración y tuviera que aprenderlo de nuevo.

Finalmente, sin embargo, la Oración logra llegar y conseguir el socorro de Dios. La reina Caridad desciende para remediar la situación. El amor de Dios es vence plenamente y el joven es llevado de vuelta a la casa del Padre y recibido con festejo y gozo.

No todos favorecen la imagen de la vida monástica como un combate espiritual, pero es una imagen muy tradicional. Subraya el hecho de que la fidelidad a la vocación monástica

supone considerable lucha. En este relato, Bernardo observa que no somos abordados por un solo conflicto. Somos confrontados por una serie completa de diferentes desafíos, cada uno de los cuales exige de nosotros una respuesta diferente. Lo que ocurre es que a través de estos diversos encuentros somos formados por diferentes virtudes que tienen el efecto de protegernos de nuestra debilidad innata y facilitar nuestro camino hacia Dios. Cada virtud, al ser convocada por situaciones distintas, tiene un beneficio particular que conceder. Y las necesitamos todas.

La parte más aleccionadora de esta historia tiene que ver con el último ataque. Justo cuando todo parece haber ido bien y se establece una paz firme, estalla una nueva y más violenta guerra. El hijo del rey se encuentra impotente ante su furor y no puede valerse por sí mismo; ni siquiera puede pedir ayuda, ya que parece haber perdido el don de la oración. Se enfrenta a una destrucción inminente, pero subsiste un tenue hilo para elevar su oración y la ayuda desciende y todo está bien.

Si nos permitimos ser hechizados por esta narración probablemente aprenderemos algo útil para nuestra propia vida monástica, sea cual sea la etapa en la que nos hallemos. ⁶



⁶ Traducción: Hermana Mónica Madera Molina (Esmeraldas).

SAN BERNARDO

PARÁBOLA I: EL HIJO DEL REY

(*Cuadernos Monásticos* 94 (1990), pp. 400-405)

1. Dios omnipotente, rey rico y poderoso, creó al hombre y lo hizo su hijo. Como era un niño delicado, lo encomendó a pedagogos: la Ley y los Profetas, y a otros tutores y curadores, hasta un tiempo determinado de su desarrollo. Lo instruyó y lo enseñó, y lo hizo señor del paraíso, y le mostró y prometió todos los tesoros de su gloria, si no se apartaba de él. Y para que nada faltara a estos dones, le concedió también el libre albedrío, para que el bien que hiciera fuera voluntario y no forzado. Pero en cuanto aquél recibió el poder de hacer el bien y el mal, se fue del paraíso de la buena conciencia buscando cosas nuevas que desconocía, él, que hasta entonces no conocía sino cosas buenas. Abandonó las leyes y los pedagogos del Padre, y comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, contra la prohibición de su Padre. Y el desventurado, escondiéndose y huyendo del rostro de su Señor, comenzó a vagar, como muchacho insensato, por las montañas de la soberbia, por los valles de la curiosidad, por los campos de la licencia, por las selvas de la lujuria, por los pantanos de los deseos carnales, por las olas de las preocupaciones del siglo.

2. El antiguo ladrón, viendo al lascivo muchacho sin custodia y sin dirección, que vagaba lejos de la casa de su Padre, se acercó, e incitándolo perversamente le ofreció la fruta aquella de la desobediencia. En cuanto obtuvo su consentimiento, atacó al desdichado, lo echó por tierra y lo precipitó en los deseos terrenales, atándole los pies, esto es, los afectos de la mente, con las fortísimas ataduras de la concupiscencia del siglo, para que no se levantara, así también como las manos de su obrar y los ojos de su mente. Lo embarcó en la nave de la falsa seguridad, y soplando el fuerte viento de la adulación, lo llevó a la lejana región de la “desemejanza”. Cuando éste llegó a una tierra que le era extraña, se vendió a todos los que pasaban por el camino. Aprendió a cuidar cerdos, y a comer las bellotas de los cerdos. Olvidó todo lo que había aprendido, y aprendió trabajos serviles que no conocía. Encerrado en la cárcel de la desesperación, donde deambulan los impíos, fue obligado a moler en aquella rueda de molino del impío, como salario de la mala conciencia, ¡oh dolor!

3. Pero ¿dónde está ahora aquel Padre poderosísimo, dulcísimo, generosísimo? ¿Acaso puede olvidarse del hijo de sus entrañas? Imposible, imposible. No se olvida sino que se compadece, se duele, y se lamenta de la ausencia y de la perdición del hijo, y envía a los amigos, pide a los siervos, y conjura a todos a que lo busquen.

Uno de sus siervos, el Temor, siguiendo las huellas del fugitivo por mandato de su Señor, encuentra al hijo del rey en lo hondo de una mazmorra, cubierto por las inmundicias de la cárcel de sus pecados, ligado con las ataduras y cadenas de los malos hábitos, como un miserable y un loco, tranquilo y sonriente en medio de su miseria. Entonces quiso urgirlo con palabras y azotes para que saliera de allí y volviera, pero sólo consiguió hundir al miserable en una gran

confusión y dejarlo postrado como un moribundo, con el vientre pegado a la tierra. Siguiendo sus huellas entró otro servidor llamado Esperanza, y vio al hijo del rey, a quien Temor no había levantado sino hundido, no había ayudado sino abatido, y se acercó mansamente. *Levantando del polvo al desvalido, y alzando de la basura al pobre* (Sal 112, 7), sostuvo su cabeza, y asiendo el paño del consuelo le enjugó los ojos y la cara diciéndole: «¡Ay, cuántos jornaleros de tu Padre tienen pan en abundancia, y tú te mueres de hambre aquí! Levántate, te ruego, ve a tu Padre y dile: “Padre, trátame como a uno de tus jornaleros”». Entonces aquél, volviendo por fin apenas en sí, dijo: “¿Tú eres Esperanza? ¿Cómo pudo Esperanza descubrir la entrada del abismo tan terrible de la desesperación?”. Ella le respondió: “Yo, yo soy la Esperanza enviada por el Padre. Yo te ayudaré, no te abandonaré hasta que te introduzca en el aposento de tu madre”. “¡Oh -dijo entonces aquél- dulce alivio de las penas, dulce consuelo de los desdichados! ¡Oh, una de las tres que asisten en el aposento del rey, y no ciertamente la más pequeña! Ves el cruel abismo de mi cárcel, ves las ataduras, que, sin embargo, fueron ya en gran parte rotas y desatadas a tu llegada, ves la ingente multitud de los que cautivan, su fuerza, su rapidez, su astucia, ¿qué haces aquí?”. Y Esperanza responde: “No temas, el que nos ayuda es misericordioso, el que pelea por nosotros es omnipotente. *Son muchos más los que están con nosotros que los que están con ellos* (2 R 6, 16). Y además te traje, enviado por el Padre, el caballo del deseo. En cuanto lo montes escaparás sano y salvo de todos éstos, bajo mi guía”. Luego de decir esto, colocó los blandos aperos de la piadosa devoción, le puso las espuelas de los buenos ejemplos, y montó al hijo del rey sobre el caballo del deseo, pero sin freno, tan grande era el apuro por huir. Al instante el caballo corre desenfrenadamente. Esperanza lo tira de adelante, y Temor lo apremia desde atrás con latigazos y amenazas. Entonces, al ver esto, *se angustiaron los príncipes de Edom, los fuertes de Moab fueron sobrecogidos de temor; temblaron todos los habitantes de Canaán. Cae sobre ellos pavor y espanto por la fuerza de tu brazo; quédense inmóviles como piedra, hasta que pase tu hijo, Señor, el hijo que poseíste* (Éx 15, 15-16). Pero cuando así se comportan los que se apresuran, huyen, ciertamente, pero no sin peligro, porque lo hacen sin discreción y sin consejo.

4. Por eso, enviada por el Padre, acude Prudencia, que es una de las más altas autoridades del palacio, en compañía de su amiga Templanza, y deteniendo a los que corren les dice: “Despacio, por favor, despacio, que nuestro Salomón dice que *el que tiene pies ligeros, tropieza* (Pr 19, 2). Si corréis, tropezáis; si tropezáis, caéis; si caéis entregáis a los enemigos el hijo del rey, a quien os encargaron de liberar. Pues si llega a caer, al instante le echan mano”. Dicho esto, le puso el freno de la discreción al brioso caballo del deseo, y le encargó a Templanza que tomara las riendas. Y como Temor se quejara de la proximidad y del poder de los enemigos, y de la lentitud de la huida, le dijo: “¡Vete de aquí, Satanás! Piedra de escándalo eres para nosotros. *El Señor es nuestra fuerza y nuestra alabanza. Él es nuestra salvación*” (Éx 15, 2). Entonces Fortaleza, egregio soldado del Señor, llegó por el campo de la confianza, y desenvainando la espada de la alegría dijo: *No temáis, son muchos más los que están con nosotros que los que están con ellos* (2 R 6, 16). Entonces Prudencia, que suele asistir a los consejos de la corte celestial, dijo: “Tened cuidado, porque como dice mi Salomón, *la herencia que se adquiere al principio con rapidez, al final no será bendecida* (Pr 20, 21). Andad, pues, no tan rápido cuan prudentemente. Aunque en el camino mismo no haya enemigos, éstos suelen poner emboscadas junto al camino,

en los bivios o trivios, o en los recodos de los senderos. Por eso yo os voy a preceder. Vosotros manteneos en el camino de la justicia, y pronto llegaremos a la fortaleza de la Sabiduría, que no está muy lejos de nosotros. De la Sabiduría es de quien se dice: *Si deseas la Sabiduría aprende la justicia* (Si 1,33)”.

5. Así, mientras Temor apresura el andar, Esperanza atrae, Fortaleza protege, Templanza modera, Prudencia provee e instruye, Justicia conduce y lleva a su término. Cuando el hijo del rey se acerca a la fortaleza de la Sabiduría, al oír ésta que va a llegar el nuevo huésped, anticipándose a su deseo acude y se presenta en el camino alegremente. Un foso profundo de humildad rodeaba la fortaleza. Sobre ésta se había edificado el muro fortísimo y muy hermoso de la obediencia, que llegaba hasta los cielos, decorado espléndidamente por todas partes con pinturas de historias de buenos ejemplos. Estaba construido con bastiones, y mil escudos colgaban de él, todos los armamentos de los fuertes. La puerta de la profesión estaba abierta para todos, y el portero, en el umbral, hacía pasar a los dignos, y rechazaba a los indignos. Un pregonero clamaba en la puerta: “Si alguien ama la Sabiduría, venga a mí y la hallará, y cuando la encuentre, será feliz si la abraza”. El hijo del rey fue, pues, introducido aquí, conducido por la Sabiduría que salió a buscarlo, o mejor dicho, fue llevado en brazos, acompañado de los regalos de la familia real, al punto más alto, al centro de la ciudadela, donde *la Sabiduría se edificó una casa y labró siete columnas* (Pr 9, 1), sometió a las gentes y con su propia fortaleza pisó el cuello de los soberbios y altivos. Allí es colocado en el lecho de la Sabiduría, al que *rodean sesenta campeones de Israel, cada uno con su espada al costado* (Ct 3, 7-8). Llega David con tambores y danzas, con trompas y flautas, y demás paraninfos de la corte celestial, más gozosos y exultantes *por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia* (Lc 15, 6).

6. Pero he aquí que un viento huracanado de fuego que venía del norte azotó la casa sacudiéndola, y conmovió la fortaleza de la Sabiduría. Había salido, efectivamente, el Faraón con sus carros y caballos a perseguir a Israel que huía. *Están de acuerdo en la conjura y hacen liga contra él, los beduinos, idumeos, ismaelitas, moabitas y agarenos, Gebal, Amón, Amalec, los filisteos junto con los tirios. También Asur, ese gran demonio exterminador, se alzó contra ellos* (Sal 82, 6-9). Y ¿qué más? Pues que la ciudadela fue sitiada. Se levantan las máquinas de asedio de las tentaciones, el enemigo aquel acomete por todas partes, el dragón, en emboscadas, el león, abiertamente; presiona a los aliados, perfora los muros, arroja fuego, promueve la guerra, pone insidias, amenazando la ruina de todo el mundo. Reinaban en el interior el temor y la angustia. A causa del violento e imprevisto ataque del enemigo, *todos rodaban y se tambaleaban como borrachos, y no les valía su pericia. Pero gritaron al Señor en su angustia* (Sal 106, 27-28). Corren al baluarte de la Sabiduría, le cuentan las malas noticias y le piden consejo. Prudencia, vuelta en sí, pregunta a Sabiduría lo que debe hacer. Dice ésta que hay que apurarse y pedirle auxilio al rey supremo. *Y ¿quién irá de parte nuestra?* (Is 6, 8), le contesta. “La Oración -responde- y para que no se demore en el trayecto, que monte el caballo de la Fe”. Buscan a la Oración largo tiempo. Por fin es hallada entre el tumulto, y se hace presente. Monta el caballo de la Fe, sale por el camino del cielo, y no se detiene hasta entrar por las puertas de su Señor con acción de gracias, y por sus atrios con himnos. Y como servidor de la casa, se

llega con confianza ante el trono de su gracia y le expone el asunto que la urge. Cuando el rey oyó el peligro, se volvió a la copartícipe de su reino, la Caridad, y le dijo: “¿A quién enviaré, y quién irá de parte nuestra?”. Y ella le dijo: “Aquí estoy, mándame a mí” (Is 6, 8). Entonces dijo el rey: “Vencerás y los libertarás”. Al instante se retiró la Caridad, reina del cielo, de la presencia del Señor, acompañada de toda la corte celestial. Salió y descendió hasta la fortaleza, alegrando al instante a todos con su virtud y su presencia, y puso allí en orden todo lo conmovido y calmó todo lo turbado. Devolvió la luz a los desdichados y la confianza a los tímidos. Se hicieron presentes la Esperanza, que casi se había escapado, y la Fortaleza, que casi había sucumbido. Toda la milicia de la Sabiduría vuelve a cobrar ánimo. Los enemigos que sitiaban se dijeron: “¿Qué significa este gran entusiasmo en la fortaleza? *Ni ayer ni antes de ayer había tanta alegría. ¡Ay de nosotros! ¡Dios vino a la fortaleza! ¡Ay de nosotros! ¡Huyamos de Israel, el Señor pelea por ellos!* (Éx 14, 25). Así, mientras huían los enemigos, *el correr de la gracia de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada. Teniendo a Dios en medio no vacila, Dios la socorre al despuntar la aurora. Los pueblos se amotinan, los reyes se rebelan; pero él lanza su trueno y se tambalea la tierra. El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob*” (Sal 45, 5-8). La reina Caridad tomó al hijo del rey, a su propio hijo, lo llevó al cielo y lo devolvió a Dios Padre. El Padre, calmo y sereno, salió a su encuentro y dijo: *Traed pronto el mejor vestido y vestidlo, ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies. Traed el novillo cebado y matadlo. Comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado* (Lc 16, 22-24).

7. Fíjate en estas cuatro cosas que sucedieron en el proceso de liberación de nuestro muchacho: Primero en el arrepentimiento, que es fatuo; segundo en la huida, que es temeraria e irracional; tercero en la pelea, que es vacilante y temerosa; y cuarto en la victoria, que es fuerte y sabia. Todas estas cosas las encontrarás en cualquiera de los que huyen del mundo. Primero será fatuo e insipiente; luego imprudente y temerario en la prosperidad, pero vacilante y pusilánime en la adversidad; y al final, prudente, sabio y perfecto en el reino de la caridad.



SIETE TEXTOS BREVES

1

Meta suya, [por el contrario], y su único anhelo, era conservar su corazón solo para Dios, cumpliendo su vocación de retiro. Meta y anhelo que no solo ocuparon siempre su mente y su corazón, sino que continuamente afloraban a sus labios en aquella célebre frase: “Bernardo, Bernardo, ¿a qué has venido?” (*Bernarde, Bernarde, ad quid venisti?*)

Guillermo de Saint Thierry, *Sancti Bernardi Abbatis Claravallensis Vita et res gestae, liber primus, 19*
(Cistercium 198, p. 544)

2

Para nosotros, queridos, no hay excusa de ignorancia. Sabes bien quién es. Y si dijeras que no lo conoces, serás, como los mundanos, un mentiroso. Pero supongamos que no lo conoces; respóndeme entonces: ¿quién te trajo a este lugar? ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Quién te ha persuadido a renunciar espontáneamente al cariño de tus amigos, a los placeres del cuerpo, a las vanidades del mundo, y encomendar tus afanes al Señor, descargando en él todo tu agobio? Nada bueno te merecías; al contrario, mucho mal, según el testimonio de tu conciencia. ¿Quién, repito, podría persuadirte de todo eso, si ignorabas que el Señor es bueno para los que esperan en él y para el alma que lo busca?

Bernardo de Claraval, *En el Adviento del Señor, Sermón 3.3*
(Obras Completas de san Bernardo, tomo III [BAC], p. 81)

3

Esta noble criatura, creada en el país de la semejanza y a imagen de Dios, *no comprendió su dignidad*, y de la semejanza se hundió en la desemejanza. ¡Qué desigualdad tan abysmal entre el infierno y el paraíso, entre un ángel y una bestia, entre Dios y el diablo! ¡Qué conversión tan horrorosa trocar la gloria en miseria, la vida en muerte y la paz en guerra, y esto para una cautividad interminable! ¡Qué descanso tan maldito bajar de las riquezas a la miseria, de la libertad a la esclavitud y del descanso al trabajo!

Bernardo de Claraval, *Sermones varios 42.2*
(Obras Completas de san Bernardo, tomo VI [BAC], pp. 315-317)

4

Lejos está de tu rostro quien anda en un afecto tenebroso. Porque no es con los pies del cuerpo ni recorriendo distancias de lugar como nos acercamos o alejamos de ti. ¿Acaso aquel tu hijo menor buscó caballos, carros, naves, voló con alas visibles, o hizo el camino moviendo las piernas para irse a aquella región lejana donde viviendo pródigamente malgastó lo que le habías

dado, oh padre dulce en dárselo al marcharse y más dulce aún en recibirle hecho un mendigo? Así, pues, vivir de pasiones sensibles es lo mismo que vivir en un ambiente tenebroso y eso es vivir lejos de tu rostro.

San Agustín, *Confesiones, I, 18, 28*
(Biblioteca de Patrística 60 [Ciudad Nueva], p. 80)

5

Hay quienes se hallan manchados por crímenes tan numerosos y enormes, que desconfían del perdón; pero si consideran que Cristo sufrió no por sí mismo, sino por los pecadores, recobrarán la confianza y se curarán de su desesperación. Por tanto, Cristo cura con su cruz a los presuntuosos, porque sufrió siendo inocente, y a los desesperados porque soportó todo por los pecadores.

Bernardo de Claraval, *Parábola 6*
(Obras Completas de san Bernardo, tomo VIII [BAC], p. 483)

6

También es un grave impedimento el apocamiento de espíritu y el miedo indebido. Esto suele acontecer cuando el hombre se fija en su propia indignidad y no vuelve sus ojos a la misericordia divina. Pero *una sima grita a otra sima*: la sima luminosa, a la sima tenebrosa; la sima de la misericordia, a la sima de la miseria. El corazón del hombre es profundo e impenetrable. Mas si mi iniquidad es grande, mayor es, Señor, tu piedad. Por eso, cuando mi alma está atribulada, recuerdo tu inmensa misericordia y con ella cobro aliento. Cuando me examine, no consideraré únicamente tu justicia.

Bernardo de Claraval, *En la Cuaresma 4.3*
(Obras Completas de san Bernardo, tomo III [BAC], p.429)

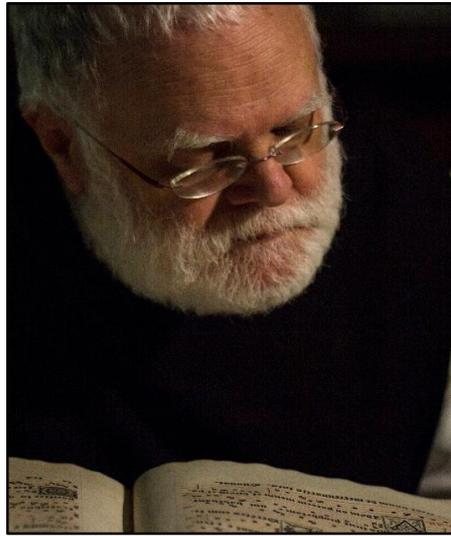
7

El padre parecía tener más prisa en dar el perdón al hijo que él en recibirlo. ¡Tanto se apresuraba en liberar al reo del tormento de su conciencia, que atormentaba más al misericordioso la compasión que al miserable su sufrimiento! Y no decimos esto como si pusiésemos sentimientos humanos en aquel cuya naturaleza es inmutable; sino para que nuestro amor por aquella soberana Bondad se haga más tierno, al ver por esta comparación cómo ella nos ama más que lo que nos amamos nosotros.

Guerrico de Igny, *En el sábado de la II Semana de Cuaresma*
(Biblioteca Cisterciense 14 [Monte Carmelo], p. 203)

CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Hermano Lawrence Morey (Gethsemani)

Fecha de nacimiento: 4 de Febrero de 1954

Fecha de entrada: 26 de Octubre de 2004

Correo electrónico: br.lawrence.morey@gmail.com

Normalmente la literatura monástica elude los deseos. Éstos son las raíces de las pasiones, que nos atan al mundo, las mismas cosas que nos separan de Dios y frustran nuestro progreso. No obstante, como señala la parábola, el deseo tiene dos caras.

En el primer caso, el hijo es “incitado por un deseo [*concupiscentia*] de experimentar el mal y el bien”. Obsérvese que *concupiscentia* señala hacia dentro. Brota de la voluntad y tiene por su objeto varios fines específicos. En este caso, el hijo experimenta el mal a través de varios actos particulares que implican engaño, curiosidad, exceso sexual, etc. Esta cara del deseo satisface la propia concepción superficial del hijo de cuanto le conviene a él, pero en última instancia lleva al desastre.

En el segundo caso, la Esperanza trae un don del padre, “un caballo llamado Deseo [*desiderium*]”. El caballo es un animal proverbialmente fuerte. Puede llevar con facilidad el peso de una persona. La Esperanza sitúa al hijo sobre el caballo, pero después es el caballo quien hace todo el trabajo. Las virtudes adquiridas a lo largo del camino, temor, prudencia y temperancia, ayudan a guiarlo, pero el caballo, el Deseo, aporta la fuerza motora. Y más importante, el hijo no es la fuente de este Deseo ni lo guía; el Deseo y las virtudes que comportan son dones del Rey. Al contrario que la *concupiscentia*, no nace de su propia voluntad.

En mi recorrido monástico he llegado a descubrir que Dios ha implantado su voluntad en mi corazón en la misma forma de mis más profundos deseos. Si los sigo, estaré siguiendo la voluntad de Dios, pero, como el hijo del rey, tengo que discernir con cuidado los deseos superficiales, *concupiscentia*, de mis deseos más profundos, *Desideria*. Se trata de un duro

trabajo, pero es solo el deseo el que tiene el poder y la seguridad de llevarme sobre las rocas y lugares ásperos que voy encontrando en el camino. Es un don de Dios para mí.⁷

2



Padre Loris Maria Tomassini (Frattocchie)

Fecha de nacimiento: 22 de Noviembre de 1961

Fecha de entrada: 31 de Mayo de 1990

Correo electrónico: noviziato@trappisti.org

La vida monástica es un camino de libertad, siempre por descubrir y aprender, algo que nunca termina. Una aventura fascinante del Espíritu.

Entré en el monasterio para buscar a solo Dios y descubro que es Dios quien me busca en mi debilidad y mis límites. Me toma como soy para transformarme como Él me quiere, en cada día concreto de mi vida y en el lugar donde vivo: ésta es la “tierra santa” donde Él me visita continuamente.

Es un camino que nace del enamoramiento: “*me has seducido y me he dejado seducir*” (Jer 20, 7). No siempre ha sido fácil. Mi comunidad ha pasado por momentos difíciles en los que he sufrido y me he sentido confuso. A lo largo del camino ha habido luces, gracias y consolaciones, junto con luchas, cansancios y desolaciones. Pero es así como se avanza y se crece.

El tentador busca desanimarnos, echándonos en cara nuestra debilidad. No debemos desanimarnos sino avanzar y luchar, pues la lucha es vida.

El deseo ha sido siempre lo que me ha permitido seguir adelante: deseo de ver Su Rostro, la plenitud de amor que es la santidad. No hay que renunciar a aspirar a cosas grandes, aunque sean difíciles y exigentes. A cada uno se le dará según su deseo. Sólo la santidad es la plenitud de la vida, es decir, la felicidad.

Lo que me sostiene, especialmente en los momentos más difíciles, es el recuerdo de mi encuentro con Dios, el rostro de Jesús, plenitud del amor, en quien he experimentado la dulzura

⁷ Traducción: Padre José Martín (Cardeña).

de su misericordia y de su perdón. El recuerdo de Dios es fundamental para reavivar el deseo, avanzar siempre y no caer en la acedia.⁸

3



Hermana María Angélica Torres Soto (Quilvo)

Fecha de nacimiento: 2 de Julio de 1951

Fecha de entrada: 1 de Enero de 1986

Correo electrónico: mtquilvo@gmail.com

En este viaje encontré que pese a olvidos profundos de ÉL, nunca he perdido su impronta; he tocado Bien y Mal pero mi búsqueda ha sido El SEÑOR.

Uno es el mundo, continua alternancia, salir de nuestro Padre y volver. Fe que me sostiene, volveré al Padre hasta el fin de mis días cuando ya sea definitivo, no una alegoría. Amor misericordioso no merecido.

Recorrí mi vida, Tú me diste, Papás, Hermanas, sobre todo mi Mamá que me enseñó con su vida, discernir, perdonar, amor incondicional, la Fe.

Conocí el mundo, otras realidades, contradicción en decir y hacer. Juventud, guitarreo, estudio responsable, corte abrupto con la dictadura gris del país.

Entre mis olvidos, intuía una verdad “VERDADERA”. Algunos logros, parecían importante, pero en mí, quedaba una copa vacía por llenar.

Como este Hijo del Rey conocí desolación de no tenerte. Alejamiento, olvido paulatino, dudado de tu existencia, ponderando más la inteligencia humana.

La vuelta: un grito buscándote, caminé por sendas que me acercaran, caminos orientales fascinantes, por muchos años.

También caí en desolación del corte contigo, consciente y doloroso.

...¿quién de nosotros irá? ... La Oración montada a caballo de la FE... La Caridad la Reina del cielo llega y baja, retorna la Luz.

⁸ Traducción: Dom Isidoro Anguita Fontecha (Huerta).

Así llegue al Monasterio, la copa vacía de años se llenó, descubrí faltaba la Encarnación de Dios: Jesucristo. Un Dios encarnado, cercano totalmente aquí.

Ahora en esta vida monástica vuelven las alternancias pero de otro modo, con la Fe que me sostiene que siempre volveré al Padre.

4



Hermana Marie-Benoît Bernard (Rivet)

Fecha de nacimiento: 2 de Agosto de 1969

Fecha de entrada: 7 de Octubre de 1999

Correo electrónico: s.marie-benoit@orange.fr

En nuestra iglesia abacial, justo encima de nuestros sitiales, hay un capitel del siglo XII° que representa a un monje asaltado a su derecha por un animal que trata de morderle y, a izquierda, por un hombre que pretende pellizcarle la oreja. El monje rechaza con sus brazos a los dos asaltantes, tiene los ojos abiertos, elevados al cielo: literalmente está crucificado en su combate, y sin embargo “algo” de dulzura emerge de su rostro, una profunda paz, una luz.



El tener permanentemente este capitel encima de nuestras cabezas, durante los oficios, tiene su quid... Con frecuencia he pensado en el que lo había esculpido: ¿se trataría de un autorretrato, una experiencia personal? Cuando era novicia, recuerdo lo que me impresionaba esta representación porque era de un sorprendente realismo de verdad, y, en el fondo, la presencia de esta escultura era apaciguadora, tranquilizadora, normal, e incluso alentadora, porque la vida de oración y de comunidad es eso, “*a medida que se progresa en la vida monástica y en la fe*”: un reto, una aventura, una conquista de nuestra capacidad de desplegar lo mejor de nosotras mismas, para rechazar el mal y optar por el bien para amar.

“El combate espiritual es tan brutal como la batalla del hombre”, decía Christian de Chergé parafraseando al poeta Rimbaud. Ciertamente, mi vida y mis luchas no se parecen a una novela de caballería, pero reconozco mi propia experiencia personal en la que describe Bernardo en su parábola, porque nos son comunes, lo mismo que es la misma gracia la que nos asegura la victoria: la misericordia de Dios, que en mi opinión el monje del capitel mira con dulzura y gozo interior como una oportunidad inaudita, un final feliz.⁹

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quieres compartir este ensayo, puedes enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Casey, Michael: “Saint Bernard of Clairvaux: The Story of the King’s Son” en *Cistercian Studies Quarterly* 18.1 (1983), pp. 16-23.

Íd.: “Bernardo de Claraval: Las Parábolas” en *Introducción al Patrimonio Cisterciense. Estudio y pedagogía monástica. Tomo I* [Jaona 1994], Azul-Monasterio Trapense, 1999, pp. 525-546.

Rochais, Henri [Ed.]: “Saint Bernard de Clairvaux: Les Combats de Dieu”. Editions Stock, Paris 1981.

⁹ Traducción: Padre José Luis Monge (Viaceli).

UNIDAD TRES

Deseo libre de deseos

DESEO LIBRE DE DESEOS

En esta Unidad, reflexionamos sobre uno de los temas más fundamentales en la espiritualidad monástica: el Deseo de Dios. Hay dos aspectos importantes de este deseo que se presentarán rápidamente a medida que pensamos sobre este tema¹⁰. La primera es que el Deseo de Dios está misteriosamente presente en cada ser humano; no es el objeto de elección. Como nos recuerda la famosa cita de Confesiones de Agustín, hemos sido hechos para la unión con Dios y nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en Dios. Nuestra tarea es descubrir este Deseo, que a menudo se esconde debajo de toda una gama de apetitos naturales y adquiridos. El segundo punto es que vivir en el Deseo de Dios implica priorizar. Debemos dar prioridad al Deseo de Dios por los muchos deseos alternativos que buscan nuestra atención. Establecer la prioridad del amor y el Deseo (la *ordinatio caritatis*) es la razón por la cual nos involucramos en la guerra espiritual. El deseo de Dios debe ser liberado de los deseos conflictivos.

Las Meditaciones de Guillermo de Saint Thierry están escritas como largas oraciones de devoción, originalmente pensadas para proporcionar una guía a los novicios. Son revelaciones fervientes y líricas del corazón, que incorporan muchas citas bíblicas y las vinculan. Los sentimientos expresados parecen exagerados; si se los leen en voz alta, están destinados para uso personal. Meditación Siete es un comienzo para la oración. No es un tratado. Su propósito es intentar poner en palabras el Deseo de Dios que nos trajo al monasterio y sostiene nuestra vida monástica. Contrapunto a este reconocimiento es la conciencia de la necesidad de luchar contra los deseos contradictorios, así como un fuerte sentimiento de indignidad ante nuestros fracasos ocasionales. Se hace necesaria una lectura lenta y orante.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. San Benito dirige su Regla a quienes aman la vida y desean ver días buenos. ¿Cómo se expresó este Deseo en mi vida? ¿He encontrado resistencia a este Deseo fundamental de vida? ¿Qué forma concreta tomó?
2. ¿Puedo discernir el Deseo espiritual de otros deseos? ¿Recuerdo momentos en que esta fuerza del Deseo se ha disipado, dispersado o falsificado en otras actividades como el trabajo, el estudio o las relaciones? ¿Alguna vez se ha disfrazado de refunfuños, críticas o alienación? En tales situaciones, ¿he experimentado los deseos como cargas?
3. ¿En qué ocasiones he experimentado un aumento del deseo espiritual?

¹⁰ Para distinguir el Deseo de Dios (singular) de otros deseos (plural) lleva una letra mayúscula.

4. ¿Alguna vez experimenté en mí o en otros esta falta de significado que se denomina acedia en la tradición monástica? ¿He visto evidencia de depresión, falta de fervor o desánimo? ¿Cuáles son los motivos de esta infelicidad? ¿Cómo ha lidiado mi comunidad con esto?

5. En diferentes momentos, ¿mi comunidad me ha hecho más consciente de este Deseo fundamental? En diferentes momentos, ¿mi comunidad ha sido un lugar que energiza, sostiene, alienta y apoya este Deseo? En otras ocasiones, ¿ha tenido mi comunidad un efecto negativo en mi Deseo? ¿De qué manera mi Deseo ha tenido un efecto positivo en la forma en que actúo en la comunidad?

6. ¿Mi *lectio divina* me ha ayudado a despertar, interpretar, sanar o guiar mi Deseo?

7. ¿Qué he aprendido en aquellas ocasiones en que mis falsos deseos han sido frustrados o han dado lugar a un resultado negativo? ¹¹



¹¹ Traducción: Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).

INTRODUCCIÓN A LA SÉPTIMA MEDITACIÓN



Dom Guillaume Jedrzejczak (Mont des Cats/Valsereña)

Fecha de nacimiento: 15 de Marzo de 1957

Fecha de entrada: 20 de Agosto de 1982

Correo electrónico: frère.guillaumemdc@yahoo.fr

La liberación del deseo

“Señor, os amo más que a todo... en general... pero tanto más que a Vos, en este minutillo que pasa, a un cigarrillo inglés... o incluso un gauloise”. Esta observación llena de humor de Madeleine Delbrel expresa de maravilla la extraordinaria complejidad del deseo humano. En efecto, es a este lío enmarañado de los deseos contradictorios en el que cada uno de nosotros se ve confrontado, desde la más tierna infancia. Precisamente en este misterio del deseo va a interesarse la tradición monástica. La Regla de san Benito puede leerse como un largo trabajo de discernimiento de los deseos, para llegar finalmente al descubrimiento de ese Deseo profundo que dormita en el cogollo de nuestro corazón.

Cuando pensamos en la vocación monástica, nos referimos con frecuencia al capítulo 58 que parece ofrecernos un conjunto de criterios irrefutables: buscar verdaderamente a Dios, ser solícito al Opus Dei, acoger las humillaciones y ser pronto en obedecer. Pero hete aquí que enseguida, experimentamos otras tantas realidades, a veces inconfesables, que se oponen en nosotros a tan bellos deseos. Experimentamos en nuestra propia carne, en nuestro propio corazón, que los cuatro tipos de monjes descritos por Benito en el capítulo 1º no son sino las múltiples facetas bajo las cuales se camufla el poder de nuestro Deseo. Quisiéramos vivir bajo una regla y un abad, pero nos topamos con los deseos de nuestro propio corazón. Y sin duda hay que volver al Prólogo de la Regla para comprender la importancia del Deseo en nuestra vida. Cuando trata de definir la vocación monástica, Benito lo hace en forma de pregunta sacada de un salmo: “¿quién es hombre que desea la vida y desea la dicha”?

La vocación de todo monje, de todo cristiano, es descubrir y liberar, en lo más hondo de sí, este amor de la vida y ese gusto de la dicha de las Escrituras que nos permiten comprender el sentido verdadero. De hecho, si la Biblia recurre varias veces a la invitación de Dios en el Deuteronomio: “elige la vida y no la muerte”, es porque esta opción no siempre es evidente. Freud tiene razón cuando evoca a un instinto de muerte que a veces aflora en nuestras opciones personales o comunitarias. En cuanto al gusto de la dicha, Jesús lo asume muchas veces, en las Bienaventuranzas. Sobre esta llamada a llegar a ser vivos y felices Benito construye su invitación al viaje interior. La estabilidad monástica, evitando nuestra dispersión, nos permite esencialmente consagrar toda nuestra atención a este viaje por los valles profundos de nuestro propio corazón.

A este viaje interior, este explorar los meandros donde se pierde nuestro poder de Deseo, este conocimiento de sí, no podemos acceder solos. Es necesaria la mirada benevolente de un anciano y de los hermanos para que abordemos sin miedo las riberas de nuestro corazón. Poco a poco, todas las malas razones que han guiado nuestras opciones aparentemente libres se van a revelar a la luz cruda del evangelio. Sin embargo, las podremos llevar porque otros nos portan y con frecuencia nos soportan. La paternidad espiritual y la amistad fraterna, como la plácida benevolencia de los ancianos son esenciales para osar afrontar los miedos, las dudas, las fragilidades que nos minan, y también para descubrir maravillados cómo Dios nos ha precedido, elegido, a veces a pesar nuestro. Entonces es cuando podremos reconocer que el Deseo de Otro nos ha precedido, prevenido, protegido. “¡En esto consiste el amor, en que Él nos ha amado, el primero!”

Esto es lo que quiere expresar Benito cuando evoca la fórmula de la profesión monástica en el capítulo 58. El monje es el que consiente en ser acogido: ¡recíbeme según tu Palabra y viviré, que no sea frustrada mi esperanza! Es entonces, y entonces solamente, cuando los votos monásticos son instrumentos de liberación de nuestro Deseo verdadero y de este barullo de deseos que oscurecen el corazón del hombre. La obediencia no es sumisión, es sobre todo desobediencia a las pasiones e impulsos que dominan nuestro propio corazón. Por fin podremos volver a aquel del que nos habíamos alejado por la desobediencia. La pobreza no tiene nada que ver con el menosprecio de las cosas y esplendores de este mundo. Expresa más bien este cobrar conciencia de que somos más grandes que todas las cosas, ambiciones, celos, rivalidades, porque nada, absolutamente nada, podrá nunca colmar nuestro Deseo. La castidad no tiene nada que ver con el miedo a la carne y la afectividad, sino que es esa experiencia molesta y humillante de la fragilidad de nuestro ser dividido, y que solo la gracia puede reconciliar. Toda la Regla, en sus más humildes consejos, se convierte en el pedagogo que nos acompaña en los caminos de la liberación del Deseo.

En este camino de liberación, la Palabra de Dios, será poco a poco nuestra compañera, nuestro consuelo. Moisés se debatía entre el deseo de ver a Dios y el temor a morir. David se dejó atrapar por las pasiones experimentando las consecuencias terribles de su ceguera. La gran sabiduría de Salomón fue insuficiente para protegerle de las tentaciones de los ídolos. La mujer

adúltera, el codicioso Zaqueo y el impetuoso Pedro han experimentado, como nosotros, la mirada de Jesús que salva y pacífica. En estas turbulencias del deseo que la Escritura expone a nuestros ojos, podemos experimentar la comunión en la ceguera que puede convertirse en comunión en la gracia de salvación. Y podemos gritar con el Apóstol Pablo, ¡“cuando soy débil soy fuerte”! Las Escrituras nos enseñan que el conocimiento de sí va siempre a la par con el conocimiento de Dios. Al revelarse a nosotros, Dios nos revela igualmente a nosotros mismos. Porque el misterio del deseo que profundiza en nosotros no es más que el lejano reflejo del deseo que Dios tiene de cada uno de nosotros, un deseo que ha asumido el rostro de Jesús.¹²

GUILLERMO DE SAINT THIERRY

MEDITACIÓN VII

(Biblioteca Cisterciense 13 [Monte Carmelo], pp. 223-228)

Es posible ver ahora un rostro de Dios

1. *Mi corazón te dijo: te ha buscado mi rostro; tu rostro buscaré, Señor. No apartes de mí tu rostro; no te alejes con ira de tu siervo* (Sal 26, 8-9).

2. La intención de comparar mi rostro con el tuyo, Señor Dios, escrutador y juez de los corazones (Pr 24, 12), parece demasiado temeraria e insolente; pues si entras en juicio con tu siervo (Sal 142, 2), el rostro de mi injusticia no tendrá más que huir ante el rostro de tu justicia. Pero si, por tu gracia, la caridad ardiente excusa y la humildad piadosa ayuda mi pobreza, que huyan todos los que odian (Sal 67, 2); yo no huiré de tu rostro, porque la caridad es audaz y la humildad fomenta la confianza. Cierto que no tengo conciencia de poseerlas, pero me declaro amigo. Si acaso me preguntas como preguntaste a Pedro: “¿Me amas?”, responderé con llaneza y confianza: *Señor, tú lo sabes todo, sabes que quiero amarte* (Jn 21, 15-17). Si mil veces me preguntaras, mil veces te respondería, pero sólo eso: tú sabes que quiero amarte. Y tanto lo quiero que mi corazón no desearía otra cosa que amarte.

3. Me abrazo también a la humildad que suelen definirla como el menosprecio de la propia excelencia; aunque cuando incurro de modo inconsciente en pequeñas minucias de excelencia, o cuando se me presentan y no las rechazo pronto, claramente deduzco que no soy humilde.

4. Hay otra especie de humildad, a saber, el conocimiento de sí mismo. Si se me juzga según lo que conozco de mí, estoy perdido, y como suele decirse, con mal augurio he puesto el pie en la justicia de tu juicio. Pero si tú estimas como virtud que yo tenga ante mis ojos y de continuo mi pecado (Sal 50, 5), entonces no me creo completamente desprovisto de humildad; pues aun sin

¹² Traducción: Padre José Luis Monge (Viaceli).

quererlo, cuando busco otras cosas mejores, con frecuencia se me presenta ante los ojos de mi espíritu el horrible rostro de mis pecados. Y por ellos me odio a mí mismo.

5. Señor, ¿cuántas más cosas puedo decir del ignominioso rostro de mi conciencia? Sea lo que fuera y del modo que fuere, todo su rostro desea tu rostro de tal modo que desprecia y le fastidia todo lo perteneciente a su vida, incluso la misma vida, frente al amor de tu rostro. Y mientras no te vea, no se preocupa en absoluto de lo que pueda parecer a los demás. Sí, oh visión añorada, te busca mi rostro, busco tu rostro; y te ruego que no lo apartes de mí. Enséñame, Sabiduría eterna, con el resplandor de tu mismo rostro, en qué consiste el encuentro *cara a cara*; pues aunque me consume este mutuo deseo, no conozco lo suficiente ninguno de los dos rostros. Me doy cuenta de que si no se le concedió al Apóstol Pablo verte en esta vida *cara a cara*, ni a tu discípulo muy amado *como eres* (1Jn 3, 2), y si esto se rehusó a tal amante y tal amado, no está bien, no está bien de la cabeza quien esto espera o busca.

6. Sin embargo, cuando oigo hablar a David del *cara a cara* no pierdo la esperanza, pues oigo que alguien espera de ti. No me olvido de lo que soy, pero confío en la clemencia de tu misericordia. Y aunque en esto progresa mezquinamente, no quisiera amarte menos que cualquier otro amante. Si como parece, se negó esta visión a Moisés (Ex 33, 20), David en modo alguno se descorazonó, puesto que de Moisés y de los demás patriarcas canta y salmodia: *No se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo les dio la victoria, sino tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro* (Sal 43, 4). También dice de sí mismo: *Señor, con tu favor concediste valor a mi dignidad, pero apartaste de mí tu rostro y quedé desconcertado* (Sal 29, 8).

7. Ese rostro, oh benignísimo, que por un tiempo escondiste al piadoso David dejándole confundido, vuélvelo ahora hacia mí, y seré consolado (Sal 70, 21). Antes de apartar de él tu rostro, por tu favor concediste valor a su dignidad. Que tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro dominen mi tierra, como dominan en la tierra de los padres en los que te complaciste; pues acerca de tu rostro y de tu semblante a nadie he oído tratar y hablar con tanta frecuencia y familiaridad como a David. Y no se le puede suponer inexperto en la visión de tu rostro, pues lo invoca para que emanen de él sus sentencias (Sal 16, 2) y confía que se colmará de gozo con tu rostro (Sal 15, 11). El mismo profeta proclama dichoso al pueblo experto en el júbilo, y dice: *Señor, caminarán a la luz de tu rostro* (Sal 88, 16-19).

8. Con la mayor atención posible, Dios de mi corazón (Sal 72, 26), clavo mis ojos en tu rostro para que de esta mirada brote mi sentencia. El asentimiento total de mi conciencia aúna mi clamor en plena conformidad. Descubro que tu rostro y tu semblante son el conocimiento de tu verdad. Hacia ella orienta tu pueblo dichoso el rostro de su buena voluntad, salta de gozo en el Espíritu Santo y celebra la fiesta del año jubilar en la contemplación y fruición de tu misma verdad; camina a su luz, dirigiendo sus pasos y todo lo que tiene según las sentencias de tu justicia (Sal 188, 133. 160).

9. Hay otro semblante, otro rostro de tu conocimiento, De él se dijo a Moisés: *Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida* (Ex 33, 20). La visión o conocimiento de tu divina Majestad en esta vida presente se sabe mejor ignorando; y si alguien llega a saber que lo ignora, eso es para él la ciencia suprema en esta vida.

10. Señor, aunque te hayas hecho de las tinieblas de nuestra ignorancia y de la ceguera humana un lugar donde esconder ese rostro, no obstante existe un tabernáculo a tu alrededor, esto es, algunos de tus santos que fueron resplandecientes por haber vivido en la intimidad de tu luz y de tu fuego, y que por eso lucían y ardían (Jn 5, 35), iluminaban con la palabra y el ejemplo, encendían a los demás y anunciaban su inefable gozo de este supereminente conocimiento de la vida futura, por el que serás visto como eres, cara a cara.

11. Mientras tanto los rayos de tu verdad, avivada por ellos, han inundado toda la tierra y sus resplandores han iluminado (Sal 76, 19) con la alegría a los que tienen los ojos sanos; pero han atemorizado y turbado a quienes desean más las tinieblas que la luz (Jn 3, 19). Aquí la manifestación de tu verdad, de cualquier manera que sea, es como tu sol que hace salir sobre justos e injustos (Mt 5, 35), y que conservando la pureza de su naturaleza, adapta su acción a la materia de las cosas, por ejemplo, apelmazando el barro, fundiendo la cera e iluminando a todos los ojos, al que ve y al ciego; al que ve para que, esclarecido, vea mejor; al ciego, para que permanezca en su ceguera. Así pues, Sabiduría de Dios y Luz de la verdad, cuando viniste al mundo que has creado, iluminaste a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 5), pero las tinieblas no te recibieron. Mas a cuantos te recibieron y recibieron la luz de tu verdad, les diste el poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1, 12).



SIETE TEXTOS BREVES

1

La primera forma es un deseo que procede activamente del amor. Largo tiempo debe reinar en el corazón antes de que pueda vencer todo obstáculo, y debe obrar con fuerza y reflexión, y crecer con valentía mientras dura este estado. Este deseo nace evidentemente del amor mismo: el alma buena, que quiere servir fielmente y amar en toda verdad, se deja arrastrar por el anhelo de obtener y guardar la pureza, la libertad y la nobleza con que Dios la ha creado a su imagen y a su semejanza –algo que necesita de nuestro amor y protección.

Beatriz de Nazareth, *Siete formas de amor*
(Flores de Flandes [BAC], p. 263)

2

Pero existe otra visión divina tanto más diferente de las anteriores cuanto más interior. Es aquella por la que Dios se digna visitar personalmente al alma que lo busca, y que se entrega a buscarlo con todo Anhelo y amor. Y como nos lo enseña el que tiene experiencia de ello, esta es la señal de semejante visita: “*Delante de él avanza fuego, abrasando en torno a los enemigos*”. Porque es necesario que el fuego de un santo Deseo se adelante al rostro de Dios en toda alma a la que él ha de venir, para que consume la inmundicia de los vicios, y así prepare un lugar para el Señor. Entonces el alma se da cuenta de que el Señor está cerca, al sentirse abrasada por ese fuego.

Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares 31.4*
(traducción de José Luis Santos Gómez)

3

La ejecución del Deseo santo y del santo propósito es la ascesis del cuerpo y del alma conforme a la concupiscencia del espíritu que desea contra la carne; es el consentimiento respecto de aquella para practicar la virtud, y el disentimiento respecto de ésta para cometer el pecado. El Deseo y el propósito de una vida santa y la búsqueda infatigable de ambos consuman el aborrecimiento santo de la concupiscencia de la carne, la cual entraña una vida de pecado por el deseo y el propósito de cometer el mal, sin el deseo y el propósito de consumir el bien.

Balduino de Ford, *Tratados espirituales, 6*
(Padres Cistercienses 14 [Azul], p.115)

4

Las obras mundanas son de tres clases: la vanidad, el placer y la ambición. Los apetitos mundanos son: el de la vanidad, el del placer, el del honor. Éstas son las tres cosas que apetecen los hombres en el mundo. Buscan la vanidad en la hermosura de los vestidos, la esbeltez de los

caballos, el vuelo de las aves, la sagacidad de los perros, la diversión de los juegos. Todas estas cosas son vanas y faltas de fundamento. Apetecen también los placeres en los alimentos exquisitos, las bebidas de todas clases, la satisfacción de sus antojos, y cosas semejantes. Apetecen también los honores de este mundo; por ejemplo, ser reyes, tener cortejos, ser obispos y otras cosas por el estilo.

Elredo de Rieval, *Sermones Litúrgicos* 31.20
(Biblioteca Cisterciense 33 [Monte Carmelo], p. 66)

5

Nuestros deseos se centran fundamentalmente en tres puntos: la permisividad, la conveniencia y el placer (*quod decet, quod expedit, quod delectat*). Esto es lo que deseamos. Todo el mundo coincide aquí, con diferentes matices. Uno se inclina más hacia el placer, sin fijarse tanto en la permisividad ni en la conveniencia. Otro más en el interés, dejando de lado la permisividad y lo placentero. El de allí no se preocupa ni de lo placentero ni de lo permisible y sólo busca la honra. No se condenan los deseos, pero busquemos las cosas donde las podemos hallar. Todo esto, cuando es verdadero, es uno y el mismo bien sumo, gloria suprema, conveniencia soberana, deleite culminante. Y estas cosas, que en la vida podemos alcanzar, constituyen nuestra espera y la promesa de contemplar la majestad en nosotros para que Dios sea todo en todos nosotros: todo gozo, todo conveniente, todo permisible.

Bernardo de Claraval, *En la Vigilia de Navidad* 5.7
(Obras completas de san Bernardo, tomo III [BAC], pp. 182-183)

6

¿Por qué te vas, Jesús bueno? ¿Por qué te alejas? ¿Por qué defraudas a tu amada de su deseo? Tú provocas el Deseo, Tú quitas el deleite. ¿Será tal vez porque cuando retiras la abundancia, la arrastras hacia una mayor avidez y un Deseo más ardiente? Así es. Ciertamente es así. Estas artimañas del amor inflaman más aquel amor, y al desengañarlo contribuyen a su aumento.

Gilberto de Hoyland, *Comentario al Cantar de los Cantares* 44.3
(Padres Cistercienses 11 [Azul], p. 481)

7

El espíritu racional ha sido creado para regocijarse y deleitarse con Dios, de Dios y de todas las cosas en él solo. En verdad ha sido creado racional para buscar a Dios en sí mismo y en todas las cosas; ha sido creado concupiscible para amar y desear a él solo; ha sido creado irascible para rechazar todo lo que se opone a esta contemplación y a esta delectación, según la palabra: “*Para que sepa, por lo racional, reprobar el mal, por el irascible, y, por el concupiscible, escoger el bien*”.

Isaac de la Estrella, *Sermón* 25.5
(Padres Cistercienses 15 [Azul], p. 150)

CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Hermana Magdalena Aust (Mariafrieden)

Fecha de nacimiento: 1946

Fecha de entrada: 1971

Correo electrónico: sr.magdalena@mariafrieden-ocso.deu

Los recién llegados a nuestros monasterios se sienten frecuentemente sorprendidos o incluso aterrorizados cuando conocen a miembros ancianos que expresan su anhelo de la muerte, su deseo de “ir al cielo.” Durante largos años de búsqueda de Dios han aprendido que “ningún humano puede ver a Dios y permanecer vivo”, tal como Dios habló a Moisés. La muerte es la puerta necesaria, el paso, la transición a la vida verdadera. Y muchas veces podemos incluso reconocer algo de esta gracia última iluminando el rostro de nuestros amados difuntos: serena paz y belleza, un tipo de transfiguración.



Dios quiere que seamos bellos, porque Él mismo es belleza, y en este encuentro final “cara a cara”, Él está restaurando su propia imagen, que un día creó en nosotros. La sed de Dios se describe como un deseo de este encuentro “cara a cara”. Esta nostalgia es tan fuerte que nos hace despreciar todas las cosas de esta vida e incluso la vida misma, por amor de Su rostro.

Por tanto el Abad Guillermo lucha por la humildad, por la verdad sobre sí mismo: “Enséñame, oh eterna Sabiduría, por la iluminación de tu semblante, cómo es tu rostro, y cómo es el mío”, y a la luz de tu verdad, de esa faz, caminaré según los juicios de tu rectitud. Pero el conocimiento de la divina majestad se alcanza mejor en esta vida por el no-saber.

Esta miniatura muestra a un monje en oración; los dos rostros se han vuelto similares. Gradualmente el monje se ha convertido en lo que ve, en lo que contempla.¹³

¹³ Traducción: Hermana Mónica Madera Molina (Esmeraldas).



Hermana María Presentación Lite Magaña (Tulebras)

Fecha de nacimiento: 29 de Octubre de 1949

Fecha de entrada: 24 de Septiembre de 1974

Correo electrónico: presenlite@gmail.com

Guillermo había convertido en pulsión inquieta, activa, la primera intención que San Benito quiere ver en quien aspira a ser monje: “**Si realmente busca a Dios**” (RB, 58,7).

La idea del corazón iluminado, es una de las expresiones en las que irradia de varias formas su experiencia interior, la contemplación del rostro de Dios. Dios ha manifestado a lo largo y ancho de los textos de la revelación su deseo de abrirse, iluminar, comunicar a todos *la imagen y semejanza* de su ser, de su misma vida divina.

Ante esa luz, Guillermo, insolente, pretender contemplar el rostro *cara a cara* de Dios amor, ante el cual el rostro humano es más bien, mancha, oscuridad, pecado que debería huir, ocultarse, desaparecer como lo hizo el primer hombre.

Guillermo, ayuda a poner los pies en la tierra. Ante el conocimiento de la propia indignidad y la envolvente luminosidad del rostro de Dios: “Y si me preguntas como a Pedro: “¿Me amas?” Señor, tú sabes que quiero amarte y mi corazón no quiere otra cosa que amarte”. Pero... aquí también Guillermo advierte, allá en lo hondo de su ser, raicillas de aspiraciones que detectan que su humildad no es del todo transparente.

En estos fondos semioscuros Guillermo toma conciencia de que no es del todo humilde a la luz radiante del rostro de Dios, y nos enseña la necesidad de llegar a lo profundo del conocimiento personal, antes de aspirar a la transparencia total de la luz de Dios. “Conócete a ti mismo”, para descubrir la raíz de esa supuesta luminosidad oscura que hay en el corazón.

Guillermo pide anhelante: “¡oh deseable visión! Enséñame en qué consiste el encuentro *cara a cara*”. Parece que en la vida presente no es posible, pero al pueblo no le salvó “*su brazo, sino tu diestra y la luz de tu rostro...*” (Sal. 43,4). Desde ahí Guillermo toma ánimo para pedir al Señor que esa mirada divina ilumine su conciencia y descubra en ella “que tu rostro y tu faz es el conocimiento de tu verdad”.

En su ascensión mística, Guillermo se adentra en la nube, en el rostro luminoso del no saber. “La visión o la ciencia de tu divina Majestad en la presente vida, mejor se sabe ignorando; no sabiendo se sabe algo. Aquí radica la ciencia suprema de nuestra vida”. En esta línea se mueve el Tratado de Guillermo sobre el *Enigma de la fe*.

Mientras vamos caminando, de la mano de Guillermo podemos orar con él y como él:
“¡Oh deseable visión! Te busca mi rostro. Busco tu rostro, te ruego que no lo apartes de mí”.

3



Dom Samuel Lauras (Nový Dvůr)

Fecha de nacimiento: 1954

Fecha de entrada (Sept-Fons): 1983, (Nový Dvůr): 2002

Correo electrónico: experientia@novydvur.cz

Joven monje, me sentía desalentado por la distancia cultural que nos separa de los autores cistercienses. Gracias a los comentarios de teólogos medievalistas, comprendí que podían aportarme mucho, con la condición de poner en relación el texto –fruto de la experiencia del autor- con la experiencia de mi vida monástica en lo que tiene de más concreto y sincero. Retengamos dos temas:

La búsqueda del rostro de Cristo y la humildad. Buscar a conocer a Cristo, creer que es posible vivir en su presencia, amarlo más allá de los obstáculos que están en nosotros y que la humildad enseña a conocer y aceptar, más allá de la oscuridad de la fe que se alza ante nosotros... ¿Qué otra cosa nos ha atraído al monasterio y motiva nuestras decisiones cotidianas, nuestra fidelidad y nuestra perseverancia? En este texto se podrán buscar alusiones al capítulo 7 de la Regla.

Luz y oscuridad. Dos personas que están enfrente la una de la otra, no pueden caminar en la misma dirección. Caminar en el seguimiento de Cristo exige consentir a verlo únicamente de espaldas (cf. VII 9). Evocación fuerte de la fe que sostiene nuestro caminar. Esta oscuridad, sin embargo, debida a nuestra “ceguera”, no está exenta de la luz recibida por los que nos preceden (cf. VII 10), los santos, igualmente nuestros mayores. Gran lección y gran arte: sostenerse mutuamente sin pretender mirarse cara a cara para relacionarse los unos con los otros, sino más bien caminar juntos y apegarse a Cristo en un auténtico desapego.



Dom Thomas Xavier Davis (Vina)

Fecha de nacimiento: 27 de Octubre de 1933

Fecha de entrada: 28 de Enero de 1951 (Gethsemani); 16 de Septiembre de 1955 (Vina)

Correos electrónicos: thomasxdavis@gmail.com; txdavis@newclairvaux.org

“Descubro que tu rostro y tu semblante son el conocimiento de tu verdad. Hacia ella orienta tu pueblo dichoso el rostro de su buena voluntad. Se regocijan en la alegría del Espíritu Santo...” (Med 7.8) La expresión 'Rostro de buena voluntad' captó mi atención. Cuando lucho por hacer crecer en mí una voluntad totalmente buena, esencial para el buen celo (RB 72), las situaciones que surgen en la vida monástica diaria adquieren su propia perspectiva. Una buena voluntad me ayuda a eliminar los deseos inadecuados y a orientar otros deseos hacia la paz interior y la buena convivencia.

La buena voluntad me ayuda a percibir y realizar una autenticidad personal con su verdad y honradez. Me parece que el buen celo (RB 72) surge de esta experiencia. Ésta es la "cara-el rostro" que quiero presentar a Dios. En la Meditación 3, Guillermo hace una distinción entre el rostro de Dios, "bueno: lo que Dios es", y el semblante de Dios, "bondad: lo que nos atrae hacia Dios." Luchar por conseguir una buena voluntad con su buen celo es bastante exigente, especialmente cuando va en contra de un yo profundamente arraigado con su propia voluntad. Aquí entra en mi vida, a través de la buena voluntad, el desafío del Evangelio: humildad o morir a sí mismo tomando la propia cruz. La Divina Bondad siempre está presente ante mí. Luchar por adquirir una auténtica, personal y ferviente (celosa) buena voluntad, me pone en contacto con la bondad de Dios, y es el adhesivo que une mi rostro al Misterio del Rostro de Dios.¹⁴

¹⁴ Traducción: Hermana María Esther Briso-Montiano (Carrizo/Wrentham).

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quieres compartir este ensayo, puedes enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Baán, Izsák: “Te desideravit caro mea” (Sal 62). Una visión antropológica del deseo, desde el pensamiento de Evagrio Póntico y san Bernardo” en *Cuadernos Monásticos* 172 (2010), pp. 9-25.

Casey, Michael: “El deseo y los deseos en la tradición occidental” en *Cistercium* 250 (2008), pp. 103-138.

Desthieux, Monique: “Deseo de ver a Dios y Amor”. Monte Carmelo, Burgos 2012.

Morson, John: “Seeking God by Desire” en *Cistercian Studies Quarterly* 2.2 (1967), pp. 175-186.

Olivera, Bernardo: “Notas antropológicas sobre el deseo al servicio de la formación Monástica”, 1ª Conferencia del Abad General en el Capítulo General de 2005.

Wharff, Jonah: “Bernard of Clairvaux and René Girard On Desire and Envy” en *Cistercian Studies Quarterly* 42.2 (2007), pp. 183-207.

UNIDAD CUATRO

Imago Dei

IMAGO DEI

En esta unidad estamos suscitando el tema de la antropología cisterciense, la comprensión fundamental de la realidad humana que es la base de nuestra espiritualidad. Hay muchos componentes diferentes en esta enseñanza que pueden arrojar luz sobre nuestra propia experiencia.

- ❖ La reflexión teológica sobre el texto de la *imago Dei* en el Génesis.
- ❖ El tema del conocimiento integral.
- ❖ La dignidad de cada persona humana.
- ❖ La idea de que estamos llamados a llevar esta impronta de imagen a la perfección.
- ❖ El reconocimiento de la resistencia interior a la acción de la gracia.
- ❖ Algunos autores siguieron a Evagrio y a Casiano al considerar este principio contrario como resultante de la presencia de demonios inherentes o de pensamientos que nos empujan al mal.
- ❖ La experiencia de tentación.
- ❖ La enseñanza de Thomas Merton sobre el yo profundo como distinto del ser de los demás.

Isaac es uno de los Padres Cistercienses más académicos y algunos de sus sermones son muy densos. En el sermón que se presenta en esta Unidad trata simplemente del Evangelio Dominical, utilizándolo como fundamento para su meditación sobre la experiencia de la tentación, tema apropiado para la reflexión Cuaresmal. Jugando con el doble significado de la palabra latina *confessio*, Isaac señala que sin el reconocimiento y la confesión realista del pecado, no puede haber confesión de alabanza.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Quién soy yo? No soy mis pensamientos, ni mis sentimientos, ni mis problemas. ¿De qué fuentes saco los elementos de mi identidad: familia, educación, amigos, experiencias, vocación, puesto en la comunidad... ? ¿Qué filmes, novelas, música, poesía, medios sociales, experiencias de belleza, experiencias de pérdida, momentos traumáticos... han contribuido a mi paisaje interior?

2. ¿Cómo es iluminada mi experiencia del yo (uno mismo - ego) por la doctrina tradicional sobre los seres humanos creados (no hechos por sí mismos) a imagen de Dios (*ad imaginem Dei*) y por ende de su orientación a Dios?

3. ¿Hasta qué punto ha sido construida socialmente mi identidad (conformándose a las supuestas expectativas de otros: padres, educadores, superiores, pares)? ¿Hasta qué punto he experimentado en mi vida una liberación de la tiranía de expectativas interiorizadas?
4. ¿Soy consciente de que otros perciben, valoran y responden a eventos en un modo distinto del mío? ¿Gozo en la única identidad de los otros o esto me hace sentir inseguro? ¿En qué medida veo la diferencia (de personalidad, ideas, aptitudes, etc.) como una amenaza a mi sentido de identidad y bienestar? ¿O siento que la complementariedad es un enriquecimiento? ¿Me siento feliz de unirme con modos comunes de pensar y de realizar las cosas? ¿Siento una fuerte necesidad de imponerme y expresar mi “identidad” con acciones que me distinguen de los demás?
5. Thomas Merton puso gran énfasis en distinguir un falso y superficial “yo” de un verdadero y profundo “yo”. ¿Observo esa dualidad en mi propia experiencia? ¿Me ha ayudado la vida monástica a tomar conciencia de este conflicto potencial? ¿Puedo aceptar que a veces otro pueda ver mi verdadero yo más completamente de cómo yo mismo lo veo?
6. ¿Cómo es posible tener un profundo sentido de la personalidad sin dar lugar al individualismo (*singularitas*)? ¿Cómo reconozco y me sobrepongo a mis demonios personales y aprendo en armonía con los demás?
7. ¿De qué modo mi vida en el monasterio me ayuda por gracia a ser gradualmente la hermosa persona que Dios quiso que fuera al crearme? ¿Estoy en paz con la lentitud del proceso? ¹⁵



¹⁵ Traducción: Padre José Martín (Cardeña).

INTRODUCCIÓN AL SERMÓN 38



Dom Elias Dietz (Gethsemani)

Fecha de nacimiento: 6 de Diciembre de 1959

Fecha de entrada: 6 de Junio de 1988

Correo electrónico: elias40051@gmail.com

A menudo tengo miedo. La ansiedad no es solo un mal recuerdo; es una vieja bruja con la que, a pesar de mí misma, he firmado un contrato de arrendamiento a largo plazo. Le dejo a ella el armario de las escobas y trato de mantenerla dentro de ciertos límites. Ella es mi pequeño Leviatán doméstico, amordazado con bozal, pero aún hablador.¹⁶

En este testimonio de una mujer del siglo XXI, recuperándose de una crisis personal, escuchamos un eco lejano de Isaac de Stella del siglo XII, instruyendo a sus compañeros monjes sobre la vida interior:

Creo que conozco y entiendo a mi demonio bastante bien... No hay nada que conozca mejor, porque nada me hace más daño. Nada me es más familiar, porque nada es más persistente. Difícilmente puedo ignorar la naturaleza y el tipo de tentación que con más frecuencia e intensidad me atormenta... [Mi demonio] me habla constantemente y urde falsas e interminables historias. (7-8)

Ya sea que llamemos a este intruso un Leviatán doméstico o un demonio familiar, parece ser una experiencia humana común que el mundo interior sea a veces tan caótico y ruidoso que solo puede explicarse por la presencia de alguien o algo dentro de nosotros armando alboroto. Y cuando el alboroto es lo suficientemente estridente, se nos bloquean los oídos y se nos ata la lengua.

¹⁶Marion Muller-Colard, *L'autre Dieu. La plainte, la menace et la grâce* [Paris: Albin Michel, 2017], 125.

Isaac toma esta imagen de un demonio familiar de un pasaje del evangelio de Lucas, donde Jesús cura a un hombre poseído por "un demonio que estaba mudo" (Lc 11, 14). Según la interpretación de Isaac, la razón de la mudez del hombre es que el demonio ha monopolizado tanto su mundo interior que ya no puede relacionarse consigo mismo ni con nadie a su alrededor. Isaac continúa confesando que él experimenta esta misma dinámica dentro de sí: [este demonio] a menudo "toma posesión de mis oídos... de modo que no tengo libertad para leer ni para escuchar a otra persona que me lee. Éste es su propósito al hablarme: volverme completamente mudo, hacerme sordo y torpe"(8).

Como Isaac reconoce tan sinceramente en este sermón, no hay forma de escapar de los pensamientos, las palabras y las imágenes que constantemente entran y salen de la conciencia humana. Se podría limitar su impacto confinándolos al armario de las escobas o, como sugiere Isaac, podríamos luchar contra ellos con versos de los salmos imprecatorios. Pero, como él admite, esta estrategia en el coro (*in concione psallo*) es contraatacada por el propio canto del demonio con los pensamientos halagadores (*multa concionatur*), "que hablan de mi conocimiento, mi observancia religiosa, mis hábitos, qué tipo de persona soy, mi encanto, mi elocuencia o mi refinamiento."

La gente del siglo XXI tiende a ver el autoconocimiento como un medio de auto-perfeccionamiento o de autodominio. La visión de Isaac sobre el conocimiento de sí mismo en este sermón es diferente. Para él, es inseparable de la conciencia de pecado y de fracaso. La expresión más genuina del conocimiento de sí mismo/a es la confesión humilde. Desde este punto de vista, la compunción y el dolor por los pecados son más importantes que la comprensión psicológica. En el corazón del mensaje de Isaac está la noción patristica de que la confesión es ya alabanza de Dios, "porque la confesión es hermosa y la belleza alaba". Y una vez que la lengua es lo suficientemente libre como para confesar, puede tomar parte en formas de discurso buenas y vivificantes, libre de la dominación del demonio que quiere atar la lengua "con un nudo de codicia, miedo y vergüenza."

Como contexto, es bueno tener presente que el Sermón 38 no es independiente, sino que está emparejado con el Sermón 39. Ambos comentan sobre la perícopa evangélica del Tercer Domingo de Cuaresma, a veces titulada "Jesús y Beelzebul." En cierto sentido, son sermones de imagen de espejo: uno habla de mirar dentro de uno/a mismo/a, y el otro de mirar fuera de uno/a mismo/a. En el Sermón 38, Isaac se centra en la persona muda de la que Jesús echa fuera un demonio. En el Sermón 39 se centra en los fariseos, que se niegan a atribuir este hecho a Jesús, y que efectivamente blasfeman contra el Espíritu Santo al afirmar que fue por medio de Beelzebul como Jesús expulsó al demonio. Isaac ve al demonio que ata la lengua como una imagen de impenitencia o de negarse a admitir el mal dentro de uno/a mismo/a (Sermón 38); y ve en los fariseos una imagen de envidia o de negarse a mirar más allá de uno/a mismo/a y reconocer lo bueno en los demás (Sermón 39).

En un contexto aún más amplio, es útil tener en cuenta que el Sermón 38 está estructurado en torno a un esquema trifásico de conversión y progreso que aparece con frecuencia a lo largo de los escritos de Isaac. La primera vez lo encontramos aquí en 38.11:

"Porque la disciplina requiere que la contrición de corazón sea lo primero, luego debería seguir la confesión de la boca, y después, debería tener lugar la corrección de las obras." Aparece de nuevo, algo modificado, en 38.15: "El comienzo de la justificación del pecador es la confesión del pecado, como está escrito: 'Los justos son en primer lugar acusadores de sí mismos.' Después de eso, uno puede alabar a Dios; y, en tercer lugar, uno puede convertirse en maestro del prójimo." En el fondo, éstas son las tres etapas clásicas del progreso espiritual. Para Isaac, cada una de estas etapas es un paso hacia la integración en el Cuerpo de la Iglesia, el Cristo Total.

A la luz de las enseñanzas de Isaac, las nociones comunes del conocimiento de sí mismo/a o del yo verdadero y el yo falso, parecen algo individualistas. En su opinión, el hecho de encontrarse a sí mismo/a no puede aislarse del de encontrar su lugar en el Cuerpo Místico. Si ves y reconoces tu verdad, tu corazón es movido a la compunción. Este dolor saludable te hace libre y te restituye a tus hermanos y hermanas. Y si utilizas bien esta nueva libertad recién encontrada, te conviertes a su vez en un restaurador de la comunidad.¹⁷



¹⁷ Traducción: Hermana María Esther Briso-Montanio (Carrizo/Wrentham).

ISAAC DE LA ESTRELLA

SERMÓN 38: Primer sermón para el tercer domingo de Cuaresma

(Padres Cistercienses 15 [Azul], pp. 229-235)

1. *Estaba Jesús expulsando a un demonio, y éste era mudo (Lc 11,14)*. Amadísimos, fácil era al Señor Jesús expulsar de este hombre al demonio, el cual no hubiera podido entrar en él, sin su permisión y su licencia. En toda la multiplicidad de las creaturas nada hay que el Padre no haya creado y que no gobierne por él. Él permitió pues al demonio entrar cuando, porque, y como quiso; y lo expulsó cuando y como quiso.

2. Allí él *estaba expulsando a un demonio* por su presencia corporal, pero también es él quien antes y después ha expulsado a los demonios y hoy los expulsa, siempre que esto tiene lugar, por el poder divino; se sirve para esto de quién quiere, ángeles u hombres, sean buenos o malos, y obra como lo quiere: por la oración, o la adjuración, o el encantamiento, o las hierbas, o las piedras, o los procedimientos más diversos. Él tiene en verdad *todo poder en el cielo y en la tierra*: como Dios, lo ha tenido siempre del Padre; como hombre, lo ha recibido un día: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18). A fin de que en todas partes y siempre se crea en estas cosas las hizo conocer de modo claro en un lugar y en un tiempo determinados.

3. Él había dado a sus discípulos poder sobre todos los demonios (Cf. Lc 9,1), y sin embargo cuando un hombre les llevó a su hijo endemoniado, en ausencia de Jesús no pudieron curarlo. ¿Cómo pues tenían poder sobre todos los demonios, si sobre aquél no lo tenían; os si lo tenían, por qué no lo expulsaban?

4. La ausencia de Jesús y la impotencia de los discípulos prefiguraban justamente la verdad de la que hablamos; sin la presencia de su poder divino y la cooperación de la gracia, ningún demonio podía ser expulsado. Así cuando ellos preguntan por qué no han podido expulsar este demonio, él responde: *A causa de vuestra falta de fe* (Mt 17, 20). O bien ignoraban esta verdad, o bien no la creían como correspondía. En el mismo sentido, en otro lugar, como parecían atribuirse algún poder, les hacía entrar en sí mismos diciendo: *No os alegréis de que los espíritus se os sometan, etc. Porque yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo a causa de vuestra arrogancia* (Lc 10, 18-20)

5. Hemos hecho esta advertencia previa, hermanos, para que nadie ose atribuirse nada a sí mismo ni se gloríe neciamente por lo que ha recibido (cf. 1 Co 4,7). Dios obra todo en todos (1 Co 12, 6), él que, con misericordia, expulsa los males y da los bienes, y algunas veces, con justicia, quita los bienes y trae los males.

6. Jesús estaba pues ocupado y hasta hoy lo está en expulsar al demonio. Amadísimos, que cada uno de nosotros ruegue por sí al buen Jesús, y le pida asiduamente, que expulse enteramente de sí a su propio demonio, o al menos que lo someta. Puesto que todos los demonios son enemigos nuestros y se regocijan de nuestras desgracias, ya porque son autores

de ellas, ya porque las conocen, y puesto que andan errantes de aquí para allá y como al azar en gran número alrededor de gran número de hombres, maquinándoles frecuentes engaños, cada uno de nosotros tiene al menos un demonio familiar, que toma de él un cuidado muy atento, lo observa por todas partes y en todo: esto, un monje no conviene que lo ignore, y la Escritura no lo calla.

7. Yo, amadísimos, creo que conozco y reconozco muy bien a mi propio demonio. Nada me es más conocido, porque nada me es más nocivo. Nada me es más familiar, porque nada me es más habitual. No ignoro qué especie de tentación me acosa más a menudo y más violentamente. Sé también en qué aspecto trabajo más. De ahí tengo motivo para exclamar, como hombre que ve su debilidad y conoce a su enemigo: *Señor Jesús, tú que eres el único poderoso, arranca al débil de las manos de los más fuertes que él, al pobre y al indigente de quien le roba* (Sal 36,10). *Arranca al indigente y libra al pobre de las manos del pecador* (Sal 81, 4). *Arráncame de la mano del pecador y de la mano de aquél que obra contra la ley y es injusto* (Sal 70, 4). Amadísimos, cuando salmodio en el coro estos versículos u otros semejantes, en verdad es contra él que dirijo secretamente el salmo.

8. *Éste*, se dice, *era mudo* (Lc 11, 14). El mío es para mí extremadamente locuaz, y teje fábulas interminables y absolutamente engañosas sobre la gloria de este mundo, su belleza, sus delicias y sobre esto o aquello susurra mil sugerencias, hace extrañas promesas, profiere extrañas amenazas; muchas veces se presenta engañosamente, como posibles, cantidad de cosas que no puedo hacer; como imposibles, cantidad de cosas que puedo hacer, propalando mil mentiras; me cuenta cosas extraordinarias en bien y en mal que se habían dicho de mí; me hace largos discursos, ya sobre mi ciencia, ya sobre mi piedad, ya sobre mi modo de vivir, sobre mi familia, sobre mi encanto, sobre mi elocuencia, sobre mi distinción. ¿Qué más decir? A menudo se adueña tan bien de mis oídos y se instala allí tan bien que ya no me resulta posible leer, ni escuchar una lectura. Así, hablándome, me vuelve completamente mudo, me convierte en estúpido y sordo.

9. Tal vez, la razón por la cual se llama mudo al espíritu maligno que no cesa de decir palabras malas, es que a aquellos que él atormenta los hace mudos para la alabanza de Dios y para los deberes propios de una lengua racional: *Si alguno habla*, dice el apóstol Pedro, *sean palabras de Dios* (1 P 4, 11). Reconozco pues que éste es el deber de una lengua racional, y no el decir palabras vanas o mentirosas, palabras pendencieras o perniciosas, palabras de detracción o de jactancia, de codicia o de lujuria, o también cualquier otra bufonería fuera de lugar (Cf. Ef 5,4): a pesar de todas estas palabras, una lengua gritona o charlatana —exteriormente a oídos de los hombres, o interiormente en la conversación con su demonio familiar- permanece no obstante muda para Dios, como está escrito: *Porque callé mis huesos envejecieron, mientras clamaba todo el día* (Sal 31,3). Hay, pues para la lengua, tres modos de decir las palabras de Dios: alabar a Dios, acusarse ante él, edificar al prójimo. Aquél que guarda silencio sobre esto es mudo, cualesquiera sean sus gritos.

10. Oh Señor Jesús, expulsa a mi demonio y abre mis labios para la humilde confesión de mis pecados, para que mi boca proclame dignamente tus alabanzas (Cf. Sal 50, 17); de lo contrario la alabanza carecerá de belleza en la boca del pecador (Cf. Si 15, 9): *Tú estás revestido*, se dice, *de confesión y de belleza* (Sal 103, 1). Porque la confesión embellece, y la belleza alaba.

11. Si, siendo pecador, es decir disimulando mis pecados, tengo la desvergonzada presunción de alabar a Dios, al punto él me dice: *¿Por qué tú, es decir tal como eres, proclamas mis justicias, tú que callas tus injusticias, y pronuncias las palabras de mi alianza con una boca no purificada por la confesión, y por lo tanto tuya?* (Sal 49, 16). *Pues con los labios se confiesa para conseguir la salvación* (Rm 10,10). Por lo tanto, la confesión purifica los labios; y la contrición, el corazón. Pero tú *odiaste la disciplina*, porque la disciplina supone este orden: en primer lugar la contrición del corazón, después la confesión de los labios, y a continuación la enmienda de la acción. Así pues, tú que tienes el corazón duro, los labios mudos y las manos indolentes, *odiaste la disciplina y arrojaste a la espalda mis palabras* (Sal 49, 17).

12. Entre las palabras de Dios, la confesión de los pecados es la que precede; sin ella ni la alabanza de Dios que seguir es bella, ni es posible la edificación del prójimo. En efecto, quien quiera alabar a Dios, según el orden debido, le da gracias antes de abrir la boca para la alabanza (Cf. Sal 50, 17). Porque la confesión abre la boca, así como la obstinación la cierra. Y aquél que quiere enseñar al prójimo ¿no le enseña acaso en primer lugar la penitencia y la confesión?

13. Así pues inauguraron su predicación la Sabiduría y el heraldo de la Sabiduría diciendo: *Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca* (Mt 3, 2; 4, 17; Mc 1, 15). *Y todo el pueblo, dice, venía a Juan confesando sus pecados y todos eran bautizados por él* (Cf. Mt 3, 5-6). Ésta fue también, lo vemos, la consigna del apóstol Pedro: *Haced penitencia y que cada uno de vosotros se haga bautizar* (Hch 2, 38); y también la orden de Santiago: *Confesaos mutuamente vuestros pecados* (St 5, 16). Éste es, pues, acabamos de decirlo, el orden de las palabras de Dios.

14. Si tú ocultas tus pecados como el oro, de modo que su corrupción engendra llagas en ti (St 5, 2-3), y si, violando el orden de las palabras de Dios, prorrumpes en sus alabanzas, entonces escucha lo que ha sido hecho: *¿Por qué tú proclamas mis justicias y pronuncias las palabras de mi alianza pura con tu boca impura?* (Sal 49, 16). Si intentas enseñar al prójimo, el Apóstol te arguye diciendo: *Tú que predicas no robar, ¿robas la confesión?* (Rm 2,21).

15. Por consiguiente, hermano mío, o bien cállate acerca de todo lo bueno, así como Jesús ordenó a los demonios que se abstuvieran de alabarlo y de anunciarlo; o bien confiesa todo lo malo, para devenir digno de ser admitido a la alabanza y a la predicación. *Tu boca estuvo llena de malicia* (Sal 49, 16), que se llene de justicia. El comienzo de la justicia para el pecador, es la confesión del pecado, como está escrito: *El justo en primer lugar es acusador de sí mismo* (Pr 18, 17); en segundo lugar es glorificador de Dios; en tercer lugar es doctor del prójimo. La primera parte de la justicia es pues la confesión.

16. *Y tu lengua urdía engaños* (Sal 49, 19). Que los confiese pues sin engaño, si quiere salir del pecado, como está escrito: *Bienaventurado el hombre a quien Dios no le imputó el pecado ni en su espíritu halló engaño* (Sal 31, 2). Si tú mismo te lo imputas, Dios no te lo imputa. Si tú acusas y descubres, él perdona y cubre. *Bienaventurados aquéllos cuyas iniquidades les fueron perdonadas y cuyos pecados les fueron cubiertos* (Sal 31,1).

17. Tú te sentabas para hablar contra tu hermano (Sal 49, 20); siéntate ante tu Padre y confiesa tu pecado contra ti mismo. *Tú preparabas una trampa contra el hijo de tu madre*, la Iglesia

(id.): contra el hijo de tu madre carnal, es decir contra ti mismo, prepara una trampa, la vergüenza y el juicio de haber obrado así contra tu hermano.

18. Por lo demás, el que ahora se calla y se mantiene a la escucha, esperando que tú hables primero, que seas justificado y que te apresures a presentarte ante él para la confesión (Sal 94, 2), aquél finalmente te acusará y dirá: *Creíste, injustamente, que yo sería como tú* (Sal 49, 21). Tú callaste, yo callé. Pero ¿acaso siempre callaré? No, no seré en nada semejante a ti, sea que calles, sea que hables. Pues si callas, yo no callaré. Si hablas, yo no hablaré. Si encubres, yo descubriré. Si descubres, yo encubriré. Si acusas, yo excusaré. Si excusas, yo acusaré. No seré pues semejante a ti, puesto que si tú absuelves, yo condenaré; si condenas, yo absolveré.

19. Ésta es, amadísimos, la ventaja de una humilde confesión: tener al Juez para excusar; merecer que el vengador os perdone. Conociendo bien esto, la habilidad fraudulenta, después de haberse insinuado por la delectación del pecado hasta lograr el consentimiento del alma, trata enseguida de cerrar sobre sí la puerta de los labios, y para evitar ser desalojada un día por la confesión, ata la lengua con el lazo de la codicia, del temor y de la vergüenza. Éstos son en efecto, los tres obstáculos que impiden la confesión.

20. Pero tú, Jesús, Señor mío, que abres y nadie cierra (Cf. Ap 3, 7), tú que apareciste para deshacer la obra del diablo (Cf. 1Jn 3, 8), expulsa de mí, tu servidor, toda delectación del pecado, para que con un corazón contrito haga penitencia; por un deseo mejor, por un temor más fuerte, por un pudor más avisado, desátame los lazos de mi lengua, a fin de que por mi confesión hable, yo, en otro tiempo mudo, de manera que excitar la admiración de la muchedumbre, no sólo de los hombres, sino de los ángeles, e incluso de los demonios. *Nosotros*, en efecto, *hemos sido puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres* (1Co 4, 9), buenos y malos. Haz pues que ellos admiren la palabra de tu servidor, no sólo la de mis labios, sino la de mis obras, porque las obras también son palabras.

21. Que ella exprese, te lo ruego, la humildad de tu servidor, tu propia sublimidad, la utilidad del prójimo: y todo esto por los labios, el corazón y las obras. Que tu servidor no se avergüence de confesar al oído de uno solo, a fin de no ser confundido públicamente ante la multitud. Que no tema perder, como si hubiera perdido, lo que no puede perderse, a fin de no perder lo que puede conservarse para la eternidad. Que no tema perder –como si estuviera deshonrado–, una esperanza a menudo engañosa, a fin de no perder la realidad que siempre reconforta. No son tan necios o malos, aquéllos a los cuales diste potestad, Señor, sabio y bueno, como para que no sepan o no quieran compadecerse de nuestras debilidades. Pero, mientras estamos oprimidos por el necio y el mudo, necia y malamente desconfiamos de los prudentes y buenos.

22. Por eso, arroja de nosotros este espíritu perverso y mudo, tú Señor, que eres la Palabra del Padre, a fin de que por ti, Palabra de fuerza y de verdad, recibamos la palabra de confesión y de alabanza, tú que con el Padre y el Espíritu Santo, vives y reinas, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

SIETE TEXTOS BREVES

1

Noble creatura, comprende tu dignidad: no solamente tú eres marcada por la imagen de Dios, sino que además eres embellecida de su semejanza de Dios. Así como tu Creador, que te ha formado de esta manera, es caridad, bueno y justo, suave y dulce, paciente y misericordioso, con las resplandecientes cualidades que leemos de él; lo mismo, tú has sido creada para tener caridad, para ser pura y santa, bella y encantadora, dulce y humilde. Más tú tengas en ti esas virtudes, más te acercarás de Dios, más alcanzarás su semejanza.

Tratado de la casa interior o de la edificación de la conciencia 80.
(Cuadernos Monásticos 136 (2001), p. 98)

2

Dichoso el que padece la tentación, no porque el pasar por estos males sea una dicha, sino porque el pasar por estos males *por el nombre de Cristo* es el camino para la felicidad. *Dichoso*, pues, *el hombre que sufre la tentación*, pero no *porque sufre la tentación*, sino *porque, cuando sea probado (probatus), recibirá la corona de la vida*. La tentación es el fuego, el hombre el oro, que si no fuere probado por la cocción del fuego se estimará menos la joya que tiene. En cambio, *el que pase por la prueba recibirá la corona de la vida*, puesto él mismo en la corona del Gran Emperador. Así que al que le guste *el fruto*, no tema el trabajo. Y el que quiera ser coronado, intente ser probado y sepa que no puede ser probado si no quiere pasar por la tentación. *El que no es tentado no es probado*.

Elredo de Rieval, *Sermón 54.2*
(Biblioteca Cisterciense 43 [Monte Carmelo], pp. 130-131)

3

Y el alma no podrá hallar nada más vigoroso y acomodado para ser humillada que encontrarse a sí misma en la verdad: con la condición de que no disimule, no haya engaño en su espíritu, se coloque ante su propio rostro y no sea obligada a apartarse de sí misma.

Si se contempla a la clara luz de la verdad, ¿no se encontrará en la región de la desemejanza, y, suspirando doliente, sin que ya pueda ocultar que es de verdad miserable, no clamará al Señor con el Profeta: “*Me has humillado en la verdad*”?

Pues, ¿cómo no va a humillarse de verdad, si tiene este conocimiento verdadero de sí misma, al verse cargada de pecados, agobiada por el peso de este cuerpo, atenazada por los afanes terrenos, corrompida por la hez de los deseos carnales, encorvada, enferma, embrollada en muchos errores, agitada por mil temores, acongojada por mil dificultades, expuesta a mil sospechas, atormentada por mil necesidades, proclive a los vicios e inválida para la virtud? ¿Cómo va a andar con los ojos orgullosos, y a atreverse a levantar la cabeza?

Bernardo de Claraval. *Sermones sobre el Cantar de los Cantares 36.5*
(traducción de José Luis Santos Gómez)

4

Bien sabéis, hermanos que el primer mal empezó por la soberbia del diablo, que quiso dominar en vez de obedecer. Pero como *el que se enaltece será humillado*, el que quiso llegar a las alturas fue derribado a lo más profundo. Y ni con éstas cejó en su tendencia a dominar, sino que poniendo su *sede* en los fríos corazones de los mortales, hizo de los consortes de su malicia, *los principados y las potestades y rectores de las tinieblas, y la maldad espiritual*, poniendo una compañía provocadora para cada vicio. Por lo que unos se enredan en los miserables placeres de la gula, que se llaman espíritus de voracidad. Otros se revuelcan en las porquerías de la concupiscencia, a los que se les llama espíritus de fornicación. Otros encienden en los hombres el fuego de la codicia, a los que se les llama espíritus de avaricia. También se designa como espíritus de ira a los que incitan a las almas de los infelices con los incentivos de la impaciencia. Pero lo mismo se les llama espíritu de acedia por su oficio, porque de la tranquilidad hacen impaciente el ánimo (*animus*) de los hombres. Igualmente se llama espíritus de tristeza a algunos porque muchos se hunden en una congoja sin fundamento. Para otros son espíritus de engreimiento los que se exaltan en su corazón por una vana petulancia (*elatio*).

Elredo de Rieval, *Sermón 54.8*
(Biblioteca Cisterciense 43 [Monte Carmelo], pp. 134-135)

5

Siempre que se sugiere al monje que al ver a uno que vive relajadamente se dé él a la tibieza y a la indolencia, al ver a otro disoluto se entregue también él al ocio, o al ver a un tercero perezoso siga su ejemplo y se dedique a vagar *de aquí para allá*, siempre que se le anima a que escuche con agrado al detractor, que esté de acuerdo con el murmurador, que acepte o fomente señas o palabras ociosas, es la serpiente que está diciendo: “*Probad y series como dioses*”.

Elredo de Rieval, *Sermón 59.29*
(Biblioteca Cisterciense 43 [Monte Carmelo], p. 239)

6

¡Ojalá nos diésemos cuenta de que estamos hechos *a imagen y semejanza de Dios*! Hermanos, ¿qué es propio de esta dignidad? Los hombres, en efecto, estamos compuestos de dos naturalezas. Tenemos un cuerpo, y tenemos un alma. Por razón del cuerpo somos como los animales, pues ahí no está la imagen y la semejanza de Dios. En cambio, por razón del alma estamos hechos *a imagen y semejanza de Dios*. Ahora cada uno mire si vive conforme a la imagen y semejanza de Dios, o bien como los animales. Mire cada uno qué es lo que más le preocupa, el cuidado del cuerpo o el del alma.

Elredo de Rieval, *Sermón 34.8*
(Biblioteca Cisterciense 33 [Monte Carmelo], pp. 119-120)

7

Vuelve, pues, vuelve Sunamita, de la consideración de tu deformidad e imperfección. Vuelve, repito, vuelve y contempla tu encanto y tu hermosura. Procura no complacerte en aquéllas y así agradar a tu esposo con éstas. No ignores que eres morena, pero recuerda asimismo que eres hermosa.

Juan de Forde, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* 63.4
(Biblioteca Cisterciense 8 [Monte Carmelo], p. 426)

CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Hermana Anne Elizabeth Sweet (Tautra)

Fecha de nacimiento: 9 de Mayo de 1950

Fecha de ingreso (OSB): 24 de Agosto de 1969; (OCSO): 14 de Marzo de 1995

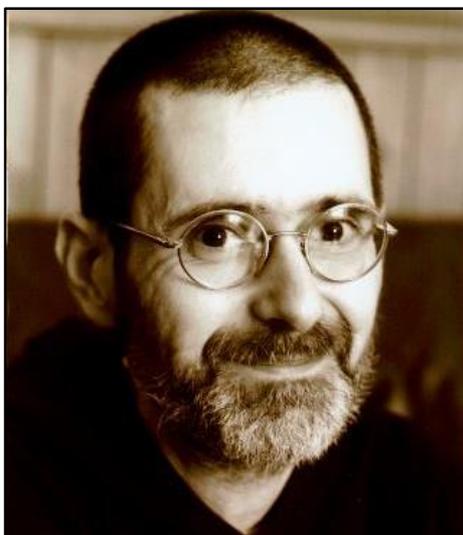
Correo electrónico: anneelizabethocso@gmail.com

Personalmente encuentro que la descripción de Isaac sobre las maquinaciones de “su” demonio tiene mucho eco en mí -y tiene que ver con lo que más lamento en la vida monástica: el tiempo que he desperdiciado. No quiero decir que fuera ociosa o perezosa, sino que hubo tiempos en que me permití pasar distraída y preocupada precisamente con algunas de las cosas que Isaac describe en referencia a su diablo particular (§8). Me robaron un tiempo precioso que hubiera podido llenar con *lectio*, estudio monástico u oración, “contemplando la gloria del Señor... (para ser) transformada... en su misma imagen.” Ojalá hubiera reconocido esto antes.

A veces las incitaciones del demonio, a través de los pensamientos como los que Isaac describe, pueden ser arrolladoras. Pero la presencia del poder y la gracia de Dios en nosotros es aún más poderosa -y, como Isaac apunta, debemos trabajar con ella (§4)- y eso puede significar un duro esfuerzo.

Tal como Isaac, he conocido el poder de la Palabra de Dios, “la Palabra de Poder y Verdad” que puede expulsar esos pensamientos y voces interiores que desvían mi mirada de Cristo. A veces, como para Isaac, se trata de una Palabra de los salmos cantados en el coro. Otras, es una Palabra a la que soy llevada en la *lectio*. Cuando me encuentro con un texto así, me aferro a él y lo leo o lo oro repetidamente durante el día, permitiendo que su fuerza trabaje en mí. Encuentro que cuando hago esto, mi boca -y mi corazón- se llena de alabanza al experimentar esta libertad y paz recién descubiertas.¹⁸

2



Fr. Antonio Manuel Pérez Camacho (Huerta)

Fecha nacimiento: 19 de Julio de 1969

Fecha de entrada: 21 de Septiembre 1993 (OSB); 13 de Enero de 2013 (OCSO)

Correo electrónico: famsilos@yahoo.es

Seguro que alguna vez, a causa de la persistencia de alguna falta, de la insistencia de ciertos pensamientos nocivos y la incapacidad para borrarlos de tu vida, has pensado muy seriamente que tienes un demonio, que estás poseído por algún mal espíritu y te sería necesario un exorcismo. Parece como si lleváramos instalado en nuestro interior un agente de Satanás que no deja de agujijearnos; como si junto a los dones de Dios y haciéndoles la guerra, una voz sumamente impertinente no dejara de molestarnos. Es ese demonio conocido, familiar, nocivo y locuaz del que nos habla Isaac. Es esa lluvia de ideas erróneas y perniciosas que no deja de salpicar nuestra memoria y que tiene el poder de inutilizarnos para la oración, las obras buenas y para la misma confesión de nuestros pecados. En realidad, es en nuestro propio

¹⁸ Traducción: Hermana Mónica Madera Molina (Esmeraldas).

interior donde tenemos instalado el más poderoso ejército de enemigos, de tal manera que cuando rezo con los salmos la liberación de los enemigos, es de esa caterva de pensamientos falsos de la que estoy pidiendo que Dios me defienda. Porque es el poder de Dios que actúa en Jesús el único capaz de librarme de ellos, el único capaz de expulsar “mi demonio”. Como le dice Pedro a Cornelio, para ello vino Jesús al mundo: «Jesús el de Nazaret, que pasó haciendo el bien y curando a todos los que estaban dominados por el diablo» (Hch 10,38). Y ésta es mi experiencia: sólo el recuerdo en mi memoria de su persona, por la continua recitación de su dulce Nombre, va tomando posiciones al enemigo.

3



Dom Mark A. Scott (Nueva Melleray)
Fecha de nacimiento: 9 de Mayo de 1948
Fecha de entrada (Vina): 1978
Correo electrónico: frmark@newmelleray.org.

Isaac es abad y yo también. Es como abad, que leo su sermón. Cuando se dirige por primera vez a sus hermanos, los llama "muy amados", *dilectissimi* (§1). Temperamentalmente no podría decir esto de una manera convincente y sin ofender a alguno de mis hermanos. Pero puedo encontrar y usar mi propia forma de mostrarles afecto. Isaac va más allá. Isaac confiesa pronto que "yo mismo, muy amados, conozco muy bien a mi propio demonio" (§6), y él nombra las tentaciones a las que está sujeto y probablemente cede, y de las cuales los hermanos son muy conscientes (§8- 9).

En efecto, Isaac modela a sus hermanos lo que significa hacer una confesión, la misma virtud que está tratando de alentar en ellos. Para los monjes, Isaac es el maestro que se encarga de proclamarles la Palabra de Dios (§14), así como el primer deber de ellos es la alabanza de Dios. Pero ni el abad ni el monje pueden cumplir su propia vocación sin confesión de pecado. Solo entonces puede el uno enseñar adecuadamente y el otro correctamente alabar (§15). Isaac cita el Salmo, "Te has vestido de belleza y santidad" (§10; Sal. 103: 1). El Salmo se refiere a

Dios, pero Dios es un modelo para el ser humano; Isaac se lo refiere todo a sí mismo, y se convierte en modelo para sus hermanos monjes. Audazmente, el hombre está hecho a la imagen de Dios, dice Isaac, pero ustedes, muy amados míos, séanlo a mi imagen, pero solo si esa imagen es un reflejo de Dios (§18; Sal 49.21).¹⁹

4



Hermana Rebekka Willekes (Klaarland)

Fecha de nacimiento: 27 de Junio de 1967

Fecha de entrada: 27 de Septiembre de 2002

Correo electrónico: zr.rebekka@gmail.com

"¡Mi demonio personal!" Estoy más inclinada a pensar en mi ángel guardián que en los demonios. Pero Isaac salta de Jesús expulsando a un demonio hace mucho tiempo, a este demonio personal mío. Y su descripción es bastante precisa. Una elocuente, que me sigue distraendo y silencia mi oración. Al hablar conmigo, me hace sorda a la voz del Señor. Durante el Oficio Divino, me susurra al oído y me dice: ¿qué hay de tu agenda hoy? O me recuerda una situación problemática sugiriendo que piense en ella ahora porque tiene que ser resuelta. Cuando está más frívolo, me pregunta qué tendremos para cenar. Y cuando toma su tarea como un demonio más en serio, comienza a alimentar mi orgullo, mi resentimiento, mi tristeza, mi desconfianza y mi enojo. Y todo el tiempo que lo escucho, permanezco muda. No hay palabras de alabanza para Dios ni palabras beneficiosas para mi prójimo. Mi lengua puede cantar la gloria del Señor, pero mi corazón está en silencio.

Pero si él es solo un demonio, no hay razón para la desesperación. La imagen de un demonio hablador me ayuda a resistirme y volver al Señor; reconocerlo por lo que es: no es un pensamiento inteligente, no es un reflejo necesario, no es una emoción preciosa, sino un demonio a punto de ser expulsado por Jesús cuando lo llamo: ¡Señor, date prisa en ayudarme!²⁰

¹⁹ Traducción: Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).

²⁰ Traducción: Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quiere compartir este ensayo, puede enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Dietz, Elias: "Conversion in the Sermons of Isaac of Stella" en *Cistercian Studies Quarterly* 37.3 (2002), pp. 229-259.

Id.: "Aelred on the Capital Vices: A Unique Voice among the Cistercians" en *Cistercian Studies Quarterly* 43.3 (2008), pp. 271-294.

Gómez, P. E.: "Jesús expulsa a un demonio locuaz, que hacía mudo, estúpido y sordo a un monje. Algunos elementos para una terapéutica de las enfermedades espirituales a propósito del Sermón 38 de Isaac de la Estrella" en *Studia Monastica* 59.1 (2017), pp. 25-63.

McGinn, Bernard: "Freedom, Formation and Reformation: The Anthropological Roots of Saint Bernard's Spiritual Teaching" en *Analecta Cisterciensia* 46 (1990), pp. 91-114.

Standaert, Maur: "La doctrine de l'image chez Saint Bernard" en *Ephemerides Theologicae Lovanienses* 23 (1947), pp. 70-129.



UNIDAD CINCO

Schola Dilectionis

SCHOLA DILECTIONIS

En esta Unidad te pedimos que reflexiones sobre tu experiencia de la presencia o ausencia de amor en la comunidad monástica, y que compares tu experiencia con los textos de nuestro patrimonio que hablan de la comunidad como una escuela de amor y caridad. La importancia de la palabra "escuela" es que indica que viviendo la vida monástica y participando en una comunidad monástica, somos instruidos, guiados y apoyados en el crecimiento del amor humano y divino. Ese es el ideal. ¿Hasta qué punto se realiza en la práctica? ¿Cómo podemos asegurar que nuestras comunidades realmente sean lugares donde aprendamos a amar más ampliamente, más profundamente, más espiritualmente?

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Dónde he experimentado el amor? ¿Dónde he recibido amor? ¿He experimentado este monasterio como un lugar donde mi afectividad ha sido alentada y liberada de sus limitaciones? ¿Siempre me he sentido "en casa" en esta comunidad, o ha habido períodos en los que me he sentido incómodo, marginado o alienado?

2. ¿Qué tan importantes son las relaciones con otros miembros de la comunidad? ¿Cómo soy hospitalario con los demás en la comunidad, dándoles la bienvenida como a Cristo? ¿A través de pequeñas cortesías? ¿A través del servicio mutuo? ¿A través de la escucha? ¿Prestando cuidadosa atención a mis deberes comunitarios? ¿Con qué miembros de la comunidad puedo tener una conversación seria?

3. ¿Puedo tender lazos o espero a que los otros se acerquen? ¿Experimento el hablar y escuchar en comunidad como oportunidades de crecer juntos a través de una mayor apertura mutua? ¿Cuán deseoso estoy de participar en actividades comunitarias: liturgia, comidas, trabajo, reuniones, celebraciones?

4. ¿Cómo construyo relaciones en la comunidad? ¿Cómo puedo estar preocupado por los demás sin ser entrometido? ¿A qué miembros de la comunidad soy prácticamente indiferente? ¿Hay elementos en el comportamiento de otra persona que me amenazan y me desaniman para hacer un acercamiento? ¿Hay miembros de la comunidad que en este momento son casi mis "enemigos"? ¿Experimento el dar y recibir el perdón como una realidad en esta comunidad?

5. ¿Existe una distribución equitativa de los bienes materiales en esta comunidad o la posesión de algunos artículos sirve como un símbolo de estatus? ¿Existe una jerarquía invisible de privilegios en esta comunidad que permite un acceso más fácil a los recursos del monasterio? ¿Esto proporciona la oportunidad de envidia y murmuración? ¿Es esta desigualdad perjudicial para la comunión?

6. ¿Qué dones y capacidades veo en los miembros particulares de esta comunidad? ¿Me regocijo por los dones, habilidades y logros de otros o son para mí una fuente de envidia y aflicción? ¿He conocido a un miembro de esta comunidad con el don de mostrar claramente una benevolencia generosa y acogedora hacia los demás? ¿La comunidad me anima a reconocer mis cualidades especiales? ¿Qué siento cuando mis dones y habilidades no son reconocidos o cuando no tengo la oportunidad de usarlos y desarrollarlos?

7. ¿En qué medida, en mi experiencia, el amor de Dios está conectado con el amor al prójimo? ¿Han contribuido los ancianos de la comunidad a guiarme en el camino del amor? ²¹



²¹ Traducción: Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).

INTRODUCCIÓN AL SERMÓN 20



Hermana Maria Francesca Righi (Valserena)

Fecha de nacimiento: 3 de Agosto de 1951

Fecha de entrada: 5 de Julio de 1977

Correo electrónico: france.righi@monasterovalserena.191.it

Los monasterios cistercienses pueden ser puntos de luz en la fidelidad a la tradición que los ha llamado *Schola caritatis* o *dilectionis* (escuela de caridad o de amor). Hoy, nosotros llamados a ser “expertos en humanidad” y “expertos en comunión” debemos volver a aprender el arte de transmitir la experiencia. Nuestro verdadero punto de partida en este nuestro mundo globalizado que exalta las emociones y humilla la razón y la libertad, es que somos analfabetos en el amor; el hombre vuelto a ser “medida de todas las cosas” crea vínculos frágiles porque niega la verdad de aquello que no logra vivir. Tenemos necesidad de una escuela, de un maestro, de contenidos que han de ser aprendidos de nuevo; debemos recuperar por una experiencia consciente, la herencia cultural de Occidente fundada sobre la fe cristiana; y cumplir con la tarea de una teología monástica. Tenemos necesidad entonces de un aprendizaje de experiencia para probar la validez y la fiabilidad de esa teología. Necesitamos re-aprender los fundamentos de nuestra humanidad; la verdad de los orígenes es que la historia del hombre comienza con el pecado. Debemos por ello admitir en nuestro vocabulario incurablemente optimista o trágicamente desesperado, el realismo de palabras tales como: mal, muerte, desorden, dolor, redención. Precisamente la experiencia dolorosa de este incomprensible *mysterium iniquitatis* (misterio de iniquidad) pide educar la facultad de amar, según el método benedictino de la humildad- obediencia.

La facultad de amar define a la Persona humana: Dios es amor y la persona humana creada a su imagen es amor. Amor en todas las fibras y los estratos de su constitución psicofísica y espiritual, y amor en la compleja antropología. El amor es el factor unificante de aquella unidad alma-cuerpo que el pensamiento moderno tiende a reducir a biología o a energía neuronal; la unidad dual alma-cuerpo es habitada por el espíritu, el nivel propio de la creatura

humana entre los vivientes, la respiración en el hálito de Dios. Debemos volver a aprender esta unidad en la vida litúrgica que educa el cuerpo, por una espiritualidad que nutre el alma, y una fraternidad que es morada del Espíritu. A estos tres elementos corresponden los tres elementos básicos de la espiritualidad benedictina cisterciense: el trabajo (el cuerpo), la *lectio* (la razón) y la oración personal y litúrgica (el espíritu). Podemos entonces, ponerlos en relación con las Personas de la Santísima Trinidad: el cuerpo con el Padre que lo ha creado, la razón con el Verbo, el espíritu con el *affectus*, la vida profunda de Dios.

La patria del amor es, de hecho, la Trinidad. El maestro de esta escuela, a la vez testigo, padre y madre, amigo y hermano, compañero es uno solo, Cristo, al que nosotros amamos primero como esclavos, luego como mercenarios, y finalmente con el amor casto de los hijos y de la esposa, respondiendo al amor con el cual el Padre nos ha amado.

La respuesta de amor de nuestra libertad crece con el crecer de la persona; decisiva es la elección inicial: el camino de la virtud, del bien, de la verdad, de la belleza y de la felicidad o la vía del vicio, del mal de la mentira, de la fealdad y de la infelicidad. Una vez tomada esta decisión se puede salir hacia la aventura del amor, que es carrera hacia la meta y capacidad de entrega de sí. Instrumento privilegiado en esta primera etapa es la relación con un anciano con quien dar los primeros pasos en la experiencia de la paternidad-maternidad espiritual. Otro gran instrumento es la oración personal y litúrgica. La obra que se cumplimenta en esta primera etapa es el modelado de aquella materia tan móvil y viva que es nuestra afectividad, hasta que se adquiera toda la sustancia del hombre interior. El lugar en el que transcurre este trabajo es la corporalidad de las observancias de la vida monástica, la totalidad de la vida comunitaria, la cual constituye como el seno de donde renace el hombre nuevo, el hombre interior; son las aguas en las que habiéndose sumergido sale la nueva creatura unificada en sí y capaz de comunión.

En este primer grado el amor, amor (Karol Wojtyla diría ‘deseo o concupiscencia’, Bernardo diría ‘amor de sí mismo por sí mismo’, Elredo ‘amistad todavía pueril o infantil’) inicialmente interesado (egocéntrico), conlleva una cierta dulzura, un gusto, un sabor nuevo; la dulzura de la primera experiencia del amor de Cristo; Él nos ha amado: con toda su humanidad, con un amor revestido de carne y que de la carne ha tomado todo lo que en nosotros era obstáculo, las consecuencias del pecado: la muerte, el dolor, el desorden, y nos ha dado aquello que era suyo: la vida verdadera y eterna.

El amor del primer grado sostiene la tensión al final, la mente iluminada de la madurez adquiere el resultado de la caridad; ésta luego no es otra cosa que el ojo con el que se ve a Dios, una energía del alma, simple, poderosa y pura. Para pasar desde el individuo dividido en sí y de los otros a la comunión de personas a imagen de la Trinidad, es necesaria la tercera etapa que cronológicamente es la ancianidad, pero moralmente es la etapa del hombre espiritual, que no necesariamente coincide con la madurez cronológica.

El sacramento de la autoridad media la relación entre la vida trinitaria y la experiencia de la persona llamada a pasar del yo dividido al yo en comunión y el sacramento privilegiado de este pasaje es el sacramento de la eucaristía, centro y fuente de toda nuestra vida.

El fundamento que sostiene y enlaza todos los planos de esta escuela, que la hace puente entre el cielo y la tierra es aquél que ha presidido la creación del hombre, ha efectuado, con su muerte en cruz, la redención y sostiene su caminar en el Espíritu; es Cristo que realiza la comunión entre todos los miembros del cuerpo y entre éstos y la Iglesia del cielo. Y así como Cristo ha nacido del seno de una virgen, así María es también el seno virginal y materno, según la eclesiología mariana y de comunión del Vaticano II, que es como el principio generador de nuestras comunidades: la Madre del Bello Amor es maestra y madre en la *Schola dilectionis*.

De esta manera la *schola dilectionis* lleva a cabo el programa de estudio previsto por la Regla de san Benito: *Venid a mí que soy el camino* (el método), *la verdad* (el contenido), y *la vida* (el premio). La graduación de la *shola dilectionis* se ve ratificada por el abrazo de la Trinidad Santísima; después que el Hijo ha educado a sus hermanos, después que el Espíritu ha purificado sus afectos, el Padre los eleva como hijos en el abrazo de su amor.²²



²² Traducción: Padre Mauricio Tavella (Azul).

SAN BERNARDO

SERMÓN 20 SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Traducción José Luis Santos Gómez)

- I. Cuál sea la causa por la que se enciende al máximo el amor al Señor Jesús.
- II. Sobre los tres modos como el Señor Jesús nos demostró su amor.
- III. Las tres maneras como debemos ascender al amor del Señor Jesús.
- IV. El ejemplo de los apóstoles para demostrar este amor.
- V. Del amor del corazón que en cierto modo es carnal y cuál sea su medida.
- VI. Sobre el amor del alma o de la virtud, que es racional y espiritual.

I.1. Sean el comienzo del sermón estas palabras del Maestro: “El que no ame al Señor sea maldito” (1Cor 16, 22).

Mucho he de amar a aquél por quien existo, vivo y tengo experiencia de las cosas.

Merece la muerte, y de hecho ya está muerto, el que se niega a vivir para ti, Señor Jesús. Y el que no llegue a tener experiencia de ti ha perdido la capacidad de experimentar cosa alguna. Y el que vive para algo que no seas tú es como si no existiera, y realmente es nada, pues el hombre es algo porque tú te fijaste en él (Sal 143, 3).

Todo lo hiciste para ti (Prov 16, 4), oh Dios, y el que quiere vivir para sí mismo y no para ti empieza a ser nada entre todos los seres.

“Teme al Señor y guarda sus mandatos, porque eso es ser hombre”, dice el Sabio (Ecl 12, 13).

Luego, si esto es ser hombre, sin ello el hombre es nada.

Orienta hacia ti, Señor, este pequeño ser que has tenido a bien que sea yo; y de esta vida llena de miserias te ruego que acojas el resto de mis años (Is 38, 10), y por aquellos que perdí hasta ahora por haber vivido perdidamente, no desprecies, oh Dios, un corazón contrito y humillado (Sal 50, 19).

Mis días se alargaron como una sombra (Sal 101, 12), y transcurrieron sin fruto alguno. Es imposible volver a vivirlos; sea de tu agrado que los recuerde ante ti con amargura de mi alma (Is 38, 15).

Obrando con sabiduría, -ante ti está todo mi deseo (Sal 37, 10) y el propósito de mi corazón, si es que tenía alguna, orienté mi vida hacia ti. Pero tú, oh Dios, conoces mi ignorancia, aunque tal vez el mero hecho de reconocerla sea ya un indicio de tener sabiduría, y yo, por un don tuyo, la reconozco. Aumenta tú mi pequeña sabiduría; no seré ingrato, aunque solo la aumentes un poco, sino que estaré muy atento para adquirir la que me falta. Por todo eso ya te amo cuanto puedo.

2. Pero hay algo que me mueve más, me apremia más y me enciende más a amarte. Lo que más amable te hace para mí, oh buen Jesús, es el cáliz que bebiste, la obra de nuestra redención. Esto es, sin duda alguna, lo que atrae todo nuestro amor hacia ti; esto es lo que excita nuestra devoción con más dulzura, la exige con más justicia, la sujeta con más rigor, y la afecta con más vehemencia.

En esto trabajó mucho el Salvador; ni el Creador se fatigó tanto en la creación del universo entero, pues para crear todos los seres él lo dijo y existieron; él lo mandó y surgieron (Sal 32, 9; 148, 5).

En cambio el Salvador en todas sus palabras tuvo que soportar contradictores; en sus obras, espías; en sus tormentos, burlones, y en la muerte, reprochadores.

Date cuenta de cómo amó. Y ten en cuenta que este amor no fue una deuda sino una donación, pues “¿quién le ha dado primero para que él le devuelva?” (Rm 11, 35)

Como dice San Juan Evangelista: “No porque amáramos nosotros a Dios, sino porque él nos amó primero” (1Jn 4, 10).

Además amó incluso a los que aún no existían; y lo que todavía es más, amó también a los que rechazaban su amor, según el testimonio de Pablo que dice. “Cuando todavía éramos enemigos de Dios, nos reconcilió con él por la muerte de su Hijo” (Rm 5, 10).

De no haber sido porque amó a los pecadores aún no tendría amigos; lo mismo que todavía no existirían los que tanto amó, si no fuera porque los amó cuando aún no existían.

II. 3. Amó, pues, con ternura, con sabiduría y con fortaleza.

He dicho “con ternura”, porque se hizo carne; “con sabiduría”, porque estuvo libre de culpa, y “con fortaleza”, porque arrojó la muerte.

Pero a los que visitó, realmente, en la carne, jamás los amó carnalmente sino en la prudencia del Espíritu. Sin duda “Cristo, el Señor, se manifestó a nosotros de forma espiritual” (Lam 4, 20).

Tuvo amor celoso por nosotros, pero con celos de Dios (2Cor 11, 2); y era un amor con toda certeza más puro que el del primer Adán a su mujer Eva. Por eso, a los que buscó en la carne los amó en el espíritu, y los redimió con fortaleza.

La plenitud de todo consuelo de ternura es ver al Creador del hombre hecho hombre. Sin embargo cuando, prudentemente, eligió a una naturaleza sin culpa, poderosamente arrojó a la muerte de esa naturaleza.

Al asumir la carne se puso a mi nivel; al evitar la culpa veló por sí mismo, y al aceptar la muerte satisfizo al Padre.

Es un amigo entrañable, un consejero prudente y un defensor poderoso. Me confío totalmente a él que quiso, supo y pudo salvarme.

Al que buscó y llamó por su gracia, ¿va a echarlo fuera cuando viene hacia él?

No temo lo más mínimo a ninguna fuerza o engaño que pueda arrancarme de la mano de aquél que venció a la muerte que todo lo vencía, y con muy santa astucia engañó a la serpiente, que a todos seducía, siendo más prudente que la serpiente, y su astucia más poderosa que la del enemigo.

Real y verdaderamente asumió la carne y la semejanza del pecado (Rm 8, 3); en la carne mostró un dulce consuelo al enfermo, y en la semejanza del pecado escondió astutamente al diablo el lazo del engaño.

Para reconciliarnos con el Padre se entregó valerosamente a la muerte y la dominó, derramando su sangre como precio de nuestra redención (Sal 48, 9).

Por consiguiente, si aquella majestad no me hubiera amado con ternura, no me habría buscado en la cárcel; pero a aquella ternura unió la sabiduría con la que engañó al tirano, y unió también la paciencia con la que aplacó a Dios Padre que estaba ofendido.

III. Éstas son las maneras de amar que os había prometido, pero os las he presentado en Cristo para que las tengáis en más aprecio.

4. Cristiano, aprende de Cristo cómo debes amar a Cristo. Aprende a amar con ternura, a amar con prudencia, a amar con fortaleza: con ternura, para que no seamos engañados; con prudencia, para que no nos veamos decepcionados; con fortaleza, para que no seamos vencidos. De este modo no nos apartaremos del amor del Señor.

Para que no seas arrastrado por la gloria del mundo o por los placeres de la carne, que Cristo-Sabiduría te sepa más dulce que todo eso.

Para que no seas engañado por el espíritu de la mentira y del error, que te ilumine Cristo-Verdad.

Para que no seas oprimido por las adversidades, que te consuele Cristo-Fuerza de Dios (1Cor 1, 24).

Que el amor inflame tu celo; lo instruya la ciencia; lo fortalezca la constancia.

Sea tu celo ferviente, circunspecto, invencible. Que no sea tibio, ni carezca de discreción, ni sea cobarde.

Y reflexiona si tal vez estos tres matices ya te habían sido comunicados en la ley, al decir Dios: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas (Dt 6, 5)”.

Si a propósito de esta triple distinción no aparece una interpretación más competente, yo creo que el amor del corazón corresponde a un cierto celo de la voluntad; el amor del alma, a la actividad y al juicio de la razón; y el amor con todas las fuerzas puede referirse a la constancia y al vigor del espíritu.

Ama, pues, al Señor, tu Dios, con el afecto pleno y total del corazón; ámale con toda la diligencia y circunspección de la razón; y ámale con todas las fuerzas, para que ni siquiera temas demasiado morir por su amor, como está escrito en páginas siguientes del Cantar de los Cantares: “Es fuerte el amor como la muerte, es cruel la pasión como el abismo” (Cant 8, 6).

Contra los dulces atractivos del amor carnal que el Señor Jesús sea dulce y suave para tu afecto, y que esa dulzura venza la otra dulzura, de manera semejante a como un clavo hace salir otro clavo. Y que él sea una luz previa para tu entendimiento y el guía de tu razón, no sólo para evitar los lazos del engaño herético y para preservar de sus malicias la pureza de la fe, sino también para que estés muy atento para evitar una excesiva e indiscreta vehemencia en tu modo de vivir.

Así pues, que tu amor sea fuerte y constante, y que ni se desmorone a causa de los temores, ni sucumba a causa de los trabajos.

Amemos con afecto, con sabiduría y con fortaleza, sabiendo que el amor del corazón, llamado afectuoso, es dulce, sí, pero está expuesto al engaño si le falta el amor llamado del alma; y éste, si no está acompañado por el amor que brota de la fortaleza, es racional pero frágil.

IV. 5. Considera en estos ejemplos, claros en sí mismos, cómo las cosas son tal y como yo las digo.

Cuando los Discípulos acogieron con pena lo que habían oído acerca de la separación del Maestro que iba a ascender al cielo, oyeron también estas palabras: “Si me amarais os alegraríais de que me vaya con el Padre” (Jn 14, 28).

Entonces ¿qué? ¿No amaban a aquél cuya separación les causaba tanta pena? Lo amaban de alguna manera, pero no lo amaban como era debido. Lo amaban con dulzura, pero no con prudencia; lo amaban humanamente, pero no racionalmente. Por consiguiente, lo amaban con todo el corazón, pero no con toda el alma. Su amor era un obstáculo para la salvación, por eso les decía: “Os conviene que yo me vaya” (Jn 16, 7), reprochándoles su modo de pensar, no su afecto.

Igualmente Pedro, que amaba tiernamente a Jesús, se opuso a él muy decidido (Mc 8, 31-32), cuando les hablaba de su muerte futura; pero, como recordaréis, al reprenderle con dureza el Señor, ¿qué fue lo que reprendió en él sino la imprudencia?

En fin, ¿qué quiere decir: “Tú no piensas como Dios” (Mc 8, 33) sino: No amas juiciosamente, porque te riges por el afecto humano contrario al plan de Dios? Y lo llamó Satanás, porque se oponía a la salvación, -aunque lo hiciera sin saberlo-, al intentar impedir que el Salvador muriera. Por eso, una vez corregido, cuando el Señor volvió a repetir esas tristes palabras, ya no se le ocurrió en modo alguno oponerse a que muriera, sino que prometió que moriría con él (Mc 14, 31). Sin embargo no cumplió su promesa, porque todavía no había llegado al tercer grado en el que se ama con todas las fuerzas.

Sabía amar con toda el alma, pero aún era débil; estaba bien instruido, pero poco ayudado; no ignoraba el misterio, pero le aterrorizaba el martirio.

En aquella circunstancia su amor no fue fuerte como la muerte (Cant 8, 6), porque sucumbió ante la muerte. Lo fue más tarde cuando, conforme a la promesa de Jesucristo, fue revestido con una fuerza de lo alto (Lc 24, 49). Desde aquel momento empezó a amar con tanta fuerza que, cuando en el consejo se le prohibió predicar el nombre santo, respondió: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5, 29).

Amó de verdad con todas sus fuerzas cuando, por amor, no tuvo compasión ni siquiera de su propia vida, ya que “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Y aunque en aquella ocasión no la dio, sin embargo sí que la expuso.

V. Por consiguiente, no dejarse arrastrar por los halagos, ni seducir por los engaños, ni abatir por las injurias es amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.

6. Y date cuenta de que el amor del corazón es, en cierto modo, carnal, porque inclina el corazón humano sobre todo hacia la carne de Cristo y hacia lo que Cristo hizo y mandó a través de su carne.

El que está poseído por este amor se conmueve fácilmente cuando oye hablar de este tema. Nada escucha más a gusto, nada lee con más aplicación, nada recuerda con más frecuencia, nada medita con más dulzura. Por eso rocía los holocaustos de sus oraciones como con la grasa de un ternero cebado.

Ante los ojos del que ora aparece la sagrada imagen del Hombre-Dios, bien sea naciendo, mamando, enseñando, muriendo, resucitando, ascendiendo al cielo. Y cuando ocurre esto el alma es impulsada necesariamente al amor de las virtudes, o bien a expulsar los vicios de la carne, a desterrar los placeres y a serenar los deseos.

Yo creo que esta fue la razón principal que tuvo el Dios invisible para querer ser visto en la carne y convivir como hombre entre los hombres. De esta manera primeramente atraería hacia

el amor salvador de su carne todos los afectos de los hombres carnales, que sólo podían amar carnalmente, para así, poco a poco, elevarlos hacia el amor espiritual.

¿Es que no estaban todavía en este grado los que decían: “Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (Mt 19, 27)? Habían dejado todo únicamente por amor a su presencia corporal. De tal manera que ni siquiera fueron capaces de escuchar con serenidad el anuncio de la futura pasión y muerte salvadoras, ni más tarde de contemplar, sino con gran tristeza, la gloria del que ascendía.

Esto era lo que les decía: “Porque os he dicho estas cosas la tristeza os llena el corazón” (Jn 16, 6). Así pues, de momento, con la sola presencia de su carne los había curado del amor a lo carnal.

7. Poco después les mostraba un grado más alto de amor, al decirles: “El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada” (Jn 6, 6).

Yo creo que ya había subido hasta aquí el que decía: “Aunque antes conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así” (2Cor 5, 16).

Seguramente que también estaba a esta altura el Profeta, cuando decía: “El Ungido del Señor se manifestó ante nuestros ojos de forma espiritual”, pues lo que añade: “Vivimos a su sombra ante los gentiles” (Lam 4, 20), me parece que lo añadió por causa de los incipientes, para que al menos descansan a la sombra los que se sienten menos fuertes para soportar el ardor del sol, y se nutran con la dulzura de la carne mientras no sean capaces de percibir lo que es propio del Espíritu de Dios (1Cor 2, 14).

Según mi parecer, la sombra de Cristo es su carne: Con ella fue cubierta también María, para que le sirviera de protección contra el calor y el esplendor del Espíritu.

Por lo tanto consuélase de momento con la devoción de la carne de Cristo el que todavía no posee el Espíritu vivificante, al menos del mismo modo que aquellos que dicen: “El Ungido del Señor se manifestó ante nuestros ojos de forma espiritual”; y también: “Aunque antes conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así”,

Por otro lado, de ninguna manera puede ser Cristo amado incluso en su carne sin el Espíritu Santo, aunque no sea con la plenitud del Profeta y del Apóstol.

El alcance de la devoción a la carne de Cristo es éste: Esa suavidad llena todo el corazón y se adueña totalmente de él, apartándolo del amor a toda otra carne y del placer carnal; y esto es sin duda amar con todo el corazón.

De lo contrario, si prefiero algún pariente de mi propia carne, o cualquier placer, a la carne de mi Señor, y esto me impide cumplir todo lo que él me enseñó de palabra y de obra mientras vivió en la carne, ¿no estaría manifestando claramente que de ninguna manera amo con todo mi corazón, porque, teniéndolo partido, doy la impresión de entregar una parte a la carne del Señor y otra a la mía?

Por eso dice: “El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10, 37).

En fin, para decirlo con pocas palabras, amar con todo el corazón consiste en posponer a la carne sacrosanta todo lo que halague a la propia carne o a la ajena. En ese “todo” incluyo también la gloria del mundo, porque la gloria del mundo es gloria de la carne, y los que se deleitan en ella no hay duda de que son carnales.

V. 8. Aunque con toda certeza esta devoción hacia la carne de Cristo es un don, y un gran don del Espíritu, sin embargo yo diría que este amor es carnal comparado con aquel amor con el que se saborea no tanto al Verbo hecho carne cuanto al Verbo-Sabiduría, al Verbo-Verdad, al Verbo-Santidad, Piedad, Poder, y cualquier otra realidad semejante a éstas que se le pueda atribuir. Sin duda todo esto es Cristo a quien Dios hizo para nosotros “sabiduría, justicia, santificación y redención” (1Cor 1, 30).

¿O acaso te parece a ti que tienen el mismo amor el que siente compasión y compunción por Cristo paciente, y se conmueve fácilmente ante el recuerdo de todo lo que sufrió, y con la dulzura de esta devoción se alimenta y se fortalece para toda obra salvífica, honesta y piadosa; y el que siempre es enardecido por el celo de la justicia, ama siempre la verdad, se dedica afanosamente al estudio de la sabiduría, tiene como amigas la santidad de vida y la disciplina de costumbres, posee unos principios que se avergüenzan de la jactancia, aborrecen la detracción, desconocen la envidia, detestan la soberbia, y no sólo huyen de toda gloria humana sino que les causa repugnancia y la desprecian, abominan y persiguen en sí mismos toda impureza de la carne y del corazón; en fin, desechan como espontáneamente todo mal y se adhieren a lo que es bueno?

¿No está claro, si comparas estos dos modos de sentir el amor, que, en cierto modo, aquél, comparado con éste, es semejante a amar carnalmente?

9. Sin embargo, este amor carnal es bueno, pues gracias a él se expulsa la vida carnal, y el mundo es despreciado y vencido. En ese amor se progresa, cuando llega a ser racional, y alcanza su perfección cuando se convierte en espiritual.

Llega a ser racional, cuando en todo lo que debemos creer de Cristo de tal manera se mantiene firme la recta doctrina de la fe, que no se desvíe lo más mínimo de la pureza del modo de pensar de la Iglesia ni por cierta apariencia de verdad, ni por alguna desviación herética o diabólica. Y también, cuando en la propia manera de vivir se observa tal cautela que no se sobrepase el límite de la discreción ni por superstición o ligereza de ningún género, ni por la vehemencia de un espíritu demasiado fervoroso.

Esto es amar con toda el alma, como dijimos más arriba (Supra, números 4-5).

Si además nos asiste tanta fortaleza del Espíritu ayudador que, por más intensos que sean los trabajos o los sufrimientos, y sin temor a la misma muerte, no nos apartamos de la justicia, entonces amamos también con todas las fuerzas, y el amor es espiritual.

Creo que este nombre es especialmente apropiado para este amor, porque goza de la prerrogativa de la plenitud del Espíritu.

Y lo dicho hasta ahora sea suficiente a propósito de lo que dice la esposa: “Por eso las doncellas te quieren tanto” (Cant 1, 3).

En cuanto a las palabras que siguen que se digne abrirnos los tesoros de su misericordia el que es su guardián, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SIETE TEXTOS BREVES

1

Este amor nos exige una triple atención, pues Dios es amor. Entreguémonos a él con todo empeño, para que nazca, crezca y se conserve. Nace cuando das de comer o beber al enemigo, porque *así amontonarás carbones ardiendo sobre su cabeza*. Los carbones ardiendo son las obras de caridad, que se arrojan sobre el diablo, cabecilla de todos los malvados. Y al desaparecer él, Dios, que es amor, nace en ellos como cabeza. Crece cuando atiendes al que sufre necesidad, te ofreces al que te quiere contratar, y te desahogas con tu amigo. Se conserva si consientes al deseo de tus amigos, conversando con ellos o ayudándoles incluso en cosas innecesarias. Y se conserva y aumenta con un rostro amable, una palabra suave, una acción entusiasta. El rostro y las palabras muestran el amor, y lo confirman las obras buenas y llenas de gozo, porque obras son amores.

Bernardo de Claraval, *Sermones Varios 121*
(Obras completas de san Bernardo, tomo VI [BAC], p. 521-523)

2

Por tu parte acepta con fortaleza las injurias, porque no es difícil que en los monasterios se caiga de vez en cuando en eso, pero no te apresures a responder a tu hermano con otra injuria, como hace la gente del mundo. Ni siquiera con el deseo de corregirle te atrevas en modo alguno a atravesar con una palabra aguda a un alma por la que Cristo se dignó morir en la cruz; ni a gruñir reprochándola; ni a musitar con los labios murmuraciones; ni a arrugar la nariz; ni a burlarte mofándote de él; ni frunzas el ceño en señal de ira o de amenaza. Que tu excitación muera en ti mismo que es donde nació, para que no se permita salir a la que es portadora de muerte, y así no cause la muerte a nadie, para que también tú puedas decir con el Profeta: “*Me turbé, pero no hablé*”.

Bernardo de Claraval, *Sobre el Cantar de los Cantares 29.5*
(traducción de José Luis Santos Gómez)

3

Hemos de buscar, pues, ante todo el amor (*dilectio*) de Dios, principio y fin de todas las cosas, con el cual nos haremos dignos de ser amados también de los hombres; adoctrinados por esta experiencia aprenderemos cómo hemos de usar del amor de los hombres. Cuando hayas adquirido esto, a saber, cuando el amor de tu corazón esté tan bien afirmado que no quieras ser amado sino en Dios y por Dios, entonces quiero de veras que la suavidad de tus costumbres, la humildad de tus servicios, la honestidad de tu entrega te recomienden ante todos los hombres.

Guerrico de Igny, *Sermón 24.4*
(Padres Cistercienses 10 [Azul], p. 255)

4

El amor la ha seducido, la ha guiado y enseñado a andar por su camino, y ella lo ha seguido fielmente. A menudo en trabajo costoso y muchas obras, en gran ansia y fuerte anhelo, en inquietud de muchas clases y gran insatisfacción, en alegría y dolor y mucho sufrimiento, buscando y reclamando, careciendo y teniendo, saliendo fuera de sí, en el seguimiento y en el ansia, en agobio y pena, en miedo y preocupaciones, derritiéndose y sucumbiendo, en gran confianza y sufrir. En la muerte y en la vida quiere dedicarse al amor; en el sentimiento de su corazón sufre mucho dolor; por el amor anhela llegar a la patria.

Beatriz de Nazareth, *Siete modos de vivir el amor*, #7
(Cistercium 219, p. 661)

5

Entre ellos se abrasan con una caridad tan grande que si sucede que alguno se encuentre a una gran distancia en razón de una utilidad común, ninguna madre podría desear más a su único hijo. Cuando éste regresa a lo suyo, inmediatamente con afecto fraternal, se apresuran a besar su cuello, dando cumplimiento a lo que el Señor dijo en el Evangelio: “Entonces serán en verdad mis discípulos si tienen amor el uno por el otro”.

Un costumbrero no identificado en *Vetera Analecta* de Jean Mabillon.

6

Hermanos, todo lo que sucede al alma, sea bueno sea malo, no puede suceder sino por el amor. Si ama las cosas percederas y caducas, que son de una naturaleza inferior a la suya, irremisiblemente se abaja a sí mismo. Si en cambio solo se mira a sí mismo, como que se encierra en sí mismo, y como él es un miserable, si no ama nada más que a sí mismo, no puede menos de ser un miserable. Pero si eleva todo su corazón, todo su amor a Dios, entonces *se eleva sobre sí mismo*. Y como Dios es la verdadera felicidad (*beatitudo*), no puede dejar de ser feliz.

Elredo de Rieval, *Sermón 43.30*
(Biblioteca Cisterciense 33 [Monte Carmelo], pp. 243-244)

7

Después de haber recibido esta gracia de la que acabamos de hablar, en virtud de la cual los que viven juntos gozan de sí mismos en Dios y de Dios en sí mismos, los monjes de tal modo experimentan cómo se han desvanecido todas las resistencias de la carne, que lo que concierne a sus cuerpos no es otra cosa, para ellos, que instrumento de buenas obras. Pueden, sin duda, desfallecer a causa de sus miserias y debilidades, pero esto mismo les hace devenir más fuertes en cuanto al hombre interior... La expresión de sus rostros y todo su aspecto exterior, la belleza de su vida, de su comportamiento, de su manera de obrar, los mutuos servicios que con caridad se prestan o aceptan amablemente, todo eso, contribuye a que concuerden y se unan entre sí con gracia encantadora: verdaderamente, no son más que *un solo corazón y una sola alma*. La pureza de su conciencia y la gracia de su vida fraternal les hace inaugurar ya desde ahora la vida gloriosa de sus cuerpos, vida que han de obtener perfectamente en la vida futura y eterna.

Guillermo de Saint Thierry, *De la naturaleza y dignidad del Amor 43*
(Padres Cistercienses 1 [Azul], pp. 154-156)

CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Padre Agustín Romero Redondo (Huerta)

Fecha de nacimiento: 8 de Diciembre de 1936

Fecha de entrada: 27 de Septiembre de 1955

Correo electrónico: agustin@monasteriohuerta.org

Muy sugestivo el texto base de San Bernardo, sobre el amor de Dios y a Dios, para hablar de la fraternidad: Si amas a Dios ama al hermano. Esto es una realidad en vida normal. Si te abres al misterio del Dios amor, sientes la necesidad de amar al hermano; si no amas al hermano se debilita tu relación con Dios.

He vivido en el ambiente de una comunidad pobre en muchos sentidos, con los roces humanos de toda convivencia, enfrentamientos de unos con otros de todo tipo, dificultades, envidias, celos, murmuraciones, donde a veces triunfan el egoísmo y aislamiento, algo que ocurre en cualquier comunidad.

Pero en el fondo real de la comunidad en que vivo, a pesar de que no deja de ser la *bene extructi fraterna ex acie* (RB 1, 5: *bien probado en el combate de fraternidad*), constato en mis primeros años de vida monástica, que la comunidad desde sus inicios había hecho un camino de reconciliación y comunión. La experiencia del amor de Dios se vivía sin más y percibías que eras aceptado, querido y valorado. Los ajenos notaban que en la comunidad nos queríamos.

La labor performativa de la comunidad se percibe en que los ancianos, a pesar de su pasado, han llegado a una apacible *apateia*, llena de amabilidad e incluso ternura, irradiando paz y felicidad a los jóvenes. En fin constatas que somos la santa Iglesia, la Esposa del Cordero, la nueva humanidad, que camina hacia su plenitud, entre dificultades y miserias.



Hermana Josepha Chang [Hye-Kyung Chang] (Sujong)

Fecha de nacimiento: 19 de Febrero de 1958

Fecha de entrada: 13 de Diciembre de 1988

Correos electrónicos: trappistkr@gmail.com ; trappist2@hanmail.net

Ámale, pues al Señor, con todo el afecto de tu corazón entero; ámale con toda la atención de tu mente circunspecta; y ámale con todas tus fuerzas, sin que te atemorice morir por su amor, como se nos dice con estas palabras: *Es fuerte el amor como la muerte, es cruel la pasión como el abismo.*

Ésta es una frase especial que me hace sentir nuevamente el estremecedor momento en que la escuché por primera vez. Ésta es la palabra que me hizo darme cuenta de que el camino espiritual es un proceso de integración más que un desarrollo sin fin.

Amar a Dios con todo el afecto del corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas conlleva transformaciones en todo el ser humano. En mi experiencia, cuando estos tres se integran, hay un cambio, especialmente en el área del deseo y de los deseos. Como los polos de dos imanes, que han estado acostumbrados a rechazarse mutuamente, y ahora se atraen y adhieren el uno al otro.

Pero persiste una apretada tensión y una distancia entre ellos. En tal distancia, se puede ver cuánta narrativa personal y humanista se tiene. Hay una distancia infinita entre la persona que desea y el objeto de su deseo, y sin embargo a lo largo de la historia el deseo ha tenido un papel activo, aunque es poco reconocido. Por él, el arte nace, la ciencia se desarrolla, los agricultores producen, y nacen nuevos bebés. Hay algunas personas que se han lanzado fuera de esta tensión porque no podían reducir la distancia infinita. El resultado es el agotamiento de la vitalidad, la desolación de la vida.

Sin embargo, el salto en vano nunca termina en vano. ¡En el breve instante en que la tirantez de la tensión puede ser aligerada, el deseo y los deseos se convierten en uno! Más aún, no es el fin.

Unidad,
donde puedes desear sin codicia
y donde el codicioso está dispuesto a morir en el otro.²³

²³ Traducción: Hermana Mónica Madera Molina (Esmeraldas).



Padre Justin Muzindusi Kanumbu (Mokoto)

Fecha de nacimiento: 3 de Septiembre de 1979

Fecha de entrada: 1999

Correo electrónico: justinkanumbu@gmail.com

Es con gran humildad que les ofrezco mi pequeña experiencia sobre la “*schola dilectionis*”. El santo afirma que “lo que más atrae el amor por el Señor Jesús no es otra cosa sino el cáliz que Él ha bebido, la obra de nuestra redención”. En efecto, el amor de Dios se me presenta como una exigencia, considerando sobre todo lo que Jesús ha hecho por mí: “mi vida”, “mi inteligencia”, y “mi vocación”, todo esto viene de Dios. Releyendo mi historia, no puedo evitar descubrir en ella la mano de Dios.

Nací el 3 de septiembre de 1979 en el seno de una familia de ocho hermanos, cuatro chicos y cuatro chicas, todos casados. Mi padre era administrador en el gobierno y mi madre, encantadora; nos educaron en un espíritu de libertad. Entré en la vida monástica en 1999, hice la profesión solemne en el 2005 y recibí la ordenación en el 2013.

Descubro la comunidad como un lugar donde mi amor se purifica cada día. Mi padre maestro me reprochaba estar muy ligado a la familia; ese paso, este ser arrancado, esta desapropiación, los he vivido en el dolor y la confianza. De hecho, entre el querer y el hacer, hay una distancia. La vida monástica es un camino pascual en el seguimiento de Cristo. Amar sin volverse hacia sí, es algo que nos supera. La comunidad fraterna pone en evidencia el amor divino. Todo está dicho en el doble mandamiento del amor. ¡Es maravilloso el unir el amor de Dios y del hermano! ²⁴

²⁴ Traducción: Frère Placide Montes Rodriguez (Nový Dvůr).



Hermana Kathleen O'Neill (Mississippi)

Fecha de nacimiento: 29 de Octubre de 1953

Fecha de entrada: 6 de Julio de 1979

Correo electrónico: kathleen@mississippiabbey.org

La experiencia de conversión que me llevó al monasterio, una poderosa experiencia del amor de Dios, supuso un cambio en mis deseos profundos en donde se involucra el amor. De pronto me sobrevino el deseo de amar y me inundó el deseo de ser amada. Por supuesto, que ahí quedó y sigue permaneciendo mucho que busca ser el objeto del amor de otros, por todas las malas razones, pero ese gusto de cuánto más deseable un don es el poder de amar, es la energía interior de mi vida monástica.

En este hermoso comentario sobre el primer mandamiento del amor, Bernardo ofrece mucho que puede ponerse en práctica. Una línea que a mí me llama la atención es “que vuestro amor sea fuerte y constante, sin recaer en el temor ni [mi tentación personal] echándome atrás ante el duro trabajo [espiritual]”. Lo que quiere decir Bernardo de amar sabiamente, no estoy segura de que llegue a entenderlo, pero sus muchos ejemplos, especialmente los tomados de la vida de Jesús, constituyen una gran fuente para examinar mi propia vida.

Pero más que cualquier consejo práctico o aliento para renovar mis propios esfuerzos, el don que me aporta este sermón es que Bernardo excita mi deseo de amar. Cuando habla de la experiencia de amar, hay algo en mí que me dice: “¡Sí, sí! Esto es lo que quiero, éste es realmente el sentido de mi vida” y siento tan renovada mi confianza que el asombroso don que el Padre quiere que tenga, el don de amar con el propio amor de Dios, será algún día mío en un modo que sobrepasa todo cuanto pueda esperar o imaginar.²⁵

²⁵ Traducción: Padre José Martín (Cardeña).

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quiere compartir este ensayo, puede enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Dumont, Charles, “Fraternal Love in the Monastic Doctrine of Saint Aelred” en *Cistercian Studies Quarterly* 32.1 (1997), pp. 25-35.

Louf, André: “Escuela de contemplación. Vivir según el ‘sentir’ de Cristo”. Narcea, Madrid 2007. También: Ágape Libros, Buenos Aires 2009.

Olivera, Bernardo, “Aspectos del amor al prójimo en la doctrina espiritual de San Bernardo” en *Analecta Cisterciensia* 46:1-2 (1990), pp. 151-197. También en *Cuadernos Monásticos* 98 (1991), pp. 263-303.

Ryan, Patrick, “*Sensus Amoris*: The Sense of Love in Two Texts of William of St Thierry” en *Cistercian Studies Quarterly* 40.2 (2005), pp. 163-172.

